

25 septiembre 1987

Angel Herrera como hombre de acción

9 octubre 1987

Presente y futuro de los medios de comunicación

16 octubre 1987

Angel Herrera y la política

23 octubre 1987

Ayer y hoy de la espiritualidad del seglar

25 septiembre 1987

Angel Herrera como hombre de acción

Aquilino MORCILLO

Inauguramos hoy un ciclo de conferencias sobre diversos aspectos de la personalidad de D. Angel Herrera con motivo del cumplimiento próximo —el 19 de diciembre— del centenario de su nacimiento en Santander, décimo hijo de una familia de 13. Como dice nuestro compañero Sánchez Agesta, en su artículo de esta mañana en YA, las conmemoraciones centenarias nos dan a veces la distancia y los términos para medir su verdadera grandeza.

El tema que se me ha señalado es el de hombre de acción. Esto no quiere decir que no fuera también hombre de oración y de pensamiento.

Viví con él diez días en su palacio de Málaga, en 1949. Entonces y después, a lo largo de los años, es mucho lo que me contó. Quiero traer aquí fundamentalmente lo que he sabido por él mismo de la trayectoria de su vida. Durante su última y larga enfermedad con frecuencia me llamaba por teléfono y me decía:

— ¿Es que no quieres nada conmigo? No vienes por aquí.

— Lo que no quiero es molestarte, le contestaba, pero mañana iré.

Y él hablaba y hablaba y me contaba muchas cosas, con frecuencia precedidas de esta frase:

— Quiero que sepas esto...

Y «esto» era siempre muy interesante para mí, porque

eran trozos de la historia de España y vivencias del catolicismo español.

Esas eran sus grandes preocupaciones. Y lo habían sido a lo largo de su vida. Repetidas veces dijo que, frente a las dos Españas: una detenida, aferrada al pasado, opuesta a toda novedad; y otra ajena al sentido íntimo de nuestra peculiar constitución nacional, él fue siempre defensor de una tercera España: por un lado sabia y genuinamente tradicional en lo que existe en nuestra historia, en nuestra ideología y en nuestras instituciones, de definitivo y eterno; y, por otro, ampliamente progresiva, deseosa de recibir y adaptar, en la medida de lo posible, las enseñanzas sabias de otros pueblos. En la línea de esta tercera España, decía, nos situamos.

PUDO HACER EL ESCORIAL

Frente al integrismo católico, él trató siempre de adaptar el catolicismo a los tiempos modernos, quitándole las telarañas que impedían la visión exacta de las realidades, y vinculándolo a las enseñanzas pontificias, el gran honrar de su vida fecunda. Laín Entalgo escribió con ocasión de su muerte:

«Angel Herrera ha sido el sumo protagonista de la instalación del catolicismo español en el siglo XX. Antes de la obra de Angel Herrera en «El Debate», nuestro catoli-

cismo se hallaba empapado de siglo XI, del siglo XIX anterior a León XII; esto es, de una situación histórica en la cual los católicos, tomados en su conjunto, no habían sabido entender y aceptar la realidad que de ordinario llamamos «Mundo moderno». Dupanloup y sus seguidores en Francia, el Centro católico en Alemania y —a la cabeza de todos— el gran Papa León XIII, mostraron que el catolicismo sólo podía ser históricamente eficaz aceptando ese mundo con su interna pluralidad, con su concepción neutral o ampliamente tolerante del Estado, con su altísima estimación de la inteligencia secular, y actuando limpia y competitivamente dentro de él. Esta fue la gran obra española de Angel Herrera».

Aplicó siempre, decía Martín-Sánchez, su inteligencia y su acción al quehacer apostólico que consideraba más urgente, fundando instituciones y formando hombres que las pudieran dirigir.

Era, dijimos antes, hombre de pensamiento, que pasaba las mañanas estudiando. Pero consideraba que el pensamiento podía quedarse en palabras que se lleva el viento, a pesar de que la B.A.C. las recogió en varios volúmenes —sus Obras Selectas, la Palabra de Cristo, dirigida por él, etc.—, si no cristalizaban en instituciones que después llevarán hombres formados por él y con su mismo espíritu. Mientras estuvieron en manos de estos hombres fueron fecundas. Cuando esos hombres faltaron, algunas de esas instituciones degeneraron o languidecieron.

Era también hombre de oración y sus dos derrames sinoviales lo atestiguan. En Málaga pude saber que se levantaba a las 5 de la mañana como sacrificio, celebraba la Misa y después se echaba en un sillón hasta las 8, que era el comienzo de su jornada.

Podíamos decir que era capaz de levantar catedrales. Pemán escribió que visitó una vez El Escorial con un amigo. Este le preguntó: — ¿Quién hizo este monumento?

— Herrera, contestó Pemán.

— ¿El de EL DEBATE?

— No ¡Por Dios! Juan de Herrera, el arquitecto.

Una pausa y murmuró su amigo: Pues mira... ¡podía ser el otro!

Y Sáinz Rodríguez, quien nunca simpatizó con D. Angel, sin duda por diferencias de pensamiento político, escribió en 1977: «El órgano de Angel Herrera, El Debate, fue un periódico que intentaba llevar al catolicismo español por cauces sociales nuevos y, sin dejar de ser periódico español, aportaba fórmulas para europeizar nuestra vida religiosa. No cabe duda que la huella que ha dejado Herrera en la sociedad española ha sido profunda. Todavía en los momentos en que escribo estas Memorias, las fuerzas católicas que pululan en la vida política nacional pudieran considerarse algo así como los nietos de Angel Herrera».

ITINERARIO BIOGRAFICO

El itinerario biográfico de D. Angel va desde 1868 hasta 1968, en que fallece cerca de aquí, en el Instituto Social

León XIII. A los 21 años es ya abogado del Estado y la brillantez de algún ejercicio de la oposición hace que sea sacado en hombros. Tras siete meses de ejercicio en Burgos, queda excedente, en busca de una tarea apostólica. El P. Ayala reúne a un primer núcleo de jóvenes, y ahí nace la ACN de P., que Herrera preside. Esto lo conocéis vosotros mejor que yo. Actos públicos de propaganda. En 1911 dirige El Debate. Desde ese año hasta 1933. Pero había que seguir fundando. Interviene activamente en el nacimiento de la Confederación Nacional Católico Agraria, de los Estudiantes Católicos y del movimiento intelectual de Pax Romana. En política, proclamada la República, surge la Acción Nacional. (Después hablaremos de todo esto). Se retira de la política activa y crea el Instituto Social Obrero, el Centro de Estudios Universitarios y la Universidad de Verano de Santander (en la que estuve). Aquellos Cursos funcionaban paralelos a los de la Universidad Oficial Menéndez y Pelayo. En 1933 es nombrado presidente de la Junta Central de Acción Católica y deja la dirección de El Debate. Poco después deja la presidencia de la ACN de P. Ha decidido hacerse sacerdote, y en 1936 inicia los estudios eclesiásticos en Friburgo. En 1940, ya sacerdote, es nombrado coadjutor de la parroquia de Sta. Lucía, en Santander. Desde ahí hace su gran obra social con los pescadores de Maliaño. Interviene en la fundación de la Biblioteca de Autores Cristianos (obra de Máximo Cuervo y de Sánchez de Muniain). Consagrado obispo en 1947, funda en 1952 el Instituto Social León XIII y, en su diócesis de Málaga, lleva a cabo la gran obra de las escuelas y de los maestros, la gran campaña de caridad, e intenta el gran movimiento social de agricultores en Antequera y de construcción de viviendas para el pueblo. Crea la Escuela de Ciudadanía Cristiana en Madrid; y también la Residencia Pio XI y Pio XII, y la Escuela de Periodismo de la Iglesia, cuyo antecedente era la Escuela de Periodismo de El Debate.

Esto no es más que una ligera y abreviada síntesis de su vida, a manera de preámbulo. Podía haber escrito, como Sta. Teresa, el libro de las fundaciones, pero prefirió dedicarse a la transformación de España y a la renovación del catolicismo español, tanto como periodista, como de obispo y cardenal.

Mucho le sirvió, como ayuda de su memoria, el procedimiento nemotécnico por él mismo ideado. Cuando fue a preparar las oposiciones de abogado del Estado consiguió un sistema nemotécnico: el del Dr. Mata. Tenía cien casillas. Un día, en 1949, me dijo que el suyo iba ya por diez mil casillas. Por cierto que el Dr. Mata era el mismo Dr. Mata del epigrama de Bretón. Vivían en la misma casa. Y Mata, molesto porque llamaran a su casa equivocadamente, puso en su puerta: En esta mi habitación no vive ningún bretón. Y Bretón contestó: «Aquí en esta vecindad —vive un médico poeta— que al pie de cada receta— pone Mata y es verdad».

VALDERREDIBLE

Su afán apostólico comienza muy pronto. Herrera cuenta que allá en su juventud, él y otros compañeros intervinie-

ron en un acto público en Valderredible (Santander) en un generoso afán de redención del pueblo. Y fueron tales los abusos de las clases conservadoras (que no he de detallar) que Herrera vino a Madrid y pidió audiencia a D. Antonio Maura, jefe del partido conservador, al cual pertenecían los caciques del valle. «Y las respuestas de Maura — escribe Herrera— se grabaron en mi memoria cual si esta fuera una cinta magnetofónica»:

«Pues Vd. lo ha dicho todo, amigo Herrera. Esa es la realidad de España y no sólo en Valderredible. El partido conservador es una agrupación política carente de programa y de ideales. Es una organización de clase. El partido estima que la Guardia Civil es un apéndice del mismo para amparar sus intereses en Valderredible, en Galicia, en Barcelona o donde sea. Y yo, a juicio suyo, soy en el Parlamento su abogado defensor. Esa es España, amigo Herrera».

«Aquí, continúa Maura, hay algo más que un problema político. Hay algo más hondo. Hay un problema social. Más le diré a Vd: en la base hay un problema religioso, un problema de formación de conciencias. Pero yo no soy el llamado a formar la conciencia social de las clases conservadoras españolas ni puedo serlo, porque carezco de la autoridad y del instrumento necesario.»

ACN de P

No he de detenerme yo en explicaros la función de la ACN de P ni sus fines. Este es un tema ya muy tratado y conocido en esta Casa. Se trataba de formar minorías selectas, de coordinar seglares católicos dirigentes, de coordinar obras, de lanzar a los propagandistas a la actuación apostólica pública... Es la obra madre de todas las que se han constituido después, y sólo por ella se han sostenido muchas. Un amplio resumen de lo que es la ACN de P lo tenéis en el Boletín de la Asociación de agosto de 1968, dedicado a la muerte de D. Angel y dirigido por José Luis Gutiérrez García.

EL DEBATE Y LA EDITORIAL CATOLICA

El Debate nace del movimiento católico de 1910 y 1911 de oposición a la política sectaria de Canalejas. En el templo de San Francisco el Grande se había celebrado el Congreso Eucarístico Internacional. En 1910 la Junta de Vizcaya, fundada y presidida por D. José María de Urquijo, creó ramificaciones en todo el país y levantó una gran campaña de oposición. Uno de los brazos más eficaces con que contó la Junta de Vizcaya fue la Asociación Católica de Propagandistas. D. Angel Herrera, los Srs. Epalza y Garmendía, fueron a Roma y obtuvieron la aprobación del Papa y del Cardenal Secretario de Estado, Merry del Val.

Pero a aquel movimiento le faltaba un diario nacional

que le diera proyección pública. En la noche del 29 de junio de 1911 paseaban por la calle de Alcalá los Srs. Urquijo, Epalza y Herrera y allí acordaron en firme la fundación de un diario en Madrid. En principio se convino en que el diario debía ser El Debate, que llevaba un año de existencia, pero con vida lánguida y con orientación no satisfactoria. Los Sres. Urquijo y Herrera quedaron en buscar en el verano el capital necesario, 100.000 pts. La compra la hicieron por 25.000 pts. El Sr. Urquijo encontró pronto las 50.000 pts. que le habían correspondido; D. Angel Herrera no encontró la otra mitad del capital social y por ello el periódico pasó a ser propiedad de La Gaceta del Norte. Se conservó en la dirección a D. Angel Herrera.

Aunque El Debate triplicó pronto la tirada, los déficits fueron cubiertos por la Gaceta del Norte, pero ésta advirtió a los Propagandistas que el periódico debía pasar a sus manos. No sé si, como dice Gómez Aparicio, la razón fue económica solamente o también que El Debate llamaba rey a D. Alfonso XIII. La Gaceta cedió gratuitamente a D. Angel Herrera la propiedad del diario. Era en 1912, y antes de terminar el año se habían satisfecho ya más de 69.000 pts. Ese es el nacimiento de una nueva entidad. La Editorial Católica con un capital de 150.000 pts, aportados por terceras partes por los Srs. Bauer y Llaguno y el resto era el precio en que se valoró El Debate.

D. Angel institucionalizó la empresa y así surgieron, además del Consejo de Administración, la Junta de Gobierno, que había de nombrar a los consejeros y velar por las esencias ideológicas. Después surgió el Consejo de Redacción. Se garantizaba así un posible asalto a las acciones. Y se defendía la independencia frente a los poderes internos y externos.

Podría citar ejemplos propios, que aún recuerdo con dolor, pero prefiero citar uno sólo de D. Angel, como director. Cuenta Vicente Gallego, entonces redactor jefe, que una noche le llamó el presidente del Consejo de Administración para echar de menos cierta información en el periódico. Gallego consideró que aquel texto no se debía publicar sin que lo autorizara el director. Cuando D. Angel lo conoció puso unas notas a Gallego en las que le decía que lo había hecho muy bien y que aquella información no se publicaría en El Debate.

¿Cabe que esto se pudiera hacer en un periódico que no tuviera la organización de El Debate? Y esto no sólo lo hizo D. Angel, por ser quien era. Doy fe de que a mí me ha ocurrido también.

La Editorial se amplió después con cinco diarios en provincias, la Biblioteca de Autores Cristianos y otras publicaciones a lo largo de los años, como Gracia y Justicia, Jeromín, etc.

D. Angel concebía el periódico católico ante todo como un gran periódico. Si el sustantivo —periódico— no está a la altura en que debe estar sólo conseguirá desacreditar al adjetivo —católico—. Tampoco El Debate puso en la cabecera «diario católico», por razones que constituyen una lección que en los últimos años hay quienes han demos-

trado que todavía son incapaces de aprender. Me decía Sánchez de Muniain, a quien nadie tachará de heterodoxo, que si la E.C. hubiera nacido ahora no se hubiera llamado así.

¿Y qué hizo D. Angel con *El Debate*? Cuando, tras dos años de resistencia, —escribió Sánchez de Muniain— accedí a su deseo de sucederle en la presidencia de la Junta de Gobierno, en 1967, resumí el ideario de *La Editorial*, que era el de D. Angel, en estos cuatro puntos que ahora sintetizo:

1.º Difundir sin reservas la voz del Papa y secundar las iniciativas de nuestra Jerarquía;

2.º Servir al pueblo defendiendo los derechos políticos, despertando la conciencia social de obreros, patronos y gobernantes, y cooperando lealmente al acierto de la Administración, gestora del bien común.

3.º Promover la unión de los católicos, por encima de discrepancias accidentales, con desnudez de ambiciones propias, buscando sólo el interés general.

4.º Poner los medios técnicos más perfectos al servicio de los ideales más limpios.

Y entre esos principios no podía faltar el cumplimiento de aquél que tantos disgustos le dio porque sus adversarios no le entendían: el acatamiento a los poderes constituidos y la doctrina de la accidentalidad de las formas de gobierno.

Hubo quienes, al ser proclamada la República, se encastillaron en el solitario Peñíscola de la monarquía caída, que por lo menos había de tardar muchos años en volver a España y siendo una monarquía distinta. Los grandes errores de quienes se llamaban republicanos y socialistas impidieron que la República pudiera consolidarse y acabara llevándose al viento de un país anarquizado y de un Ejército que no podía permitir revoluciones como la de octubre de 1934, desencadenada sólo porque las izquierdas habían perdido las elecciones de noviembre de 1933.

La situación era tan anárquica —os podría contar hechos sensacionales vividos por mí, tanto en Granada como en Madrid, donde viví el segundo trimestre de 1936— que aquello tuvo que terminar como todos sabemos.

D. Angel Herrera ya no estaba en España. Tras dejar la dirección de *El Debate* en 1933, para pasar a presidir la Junta Central de Acción Católica, fundó las obras de que hablamos antes y, considerando llegado el momento de realizar su gran vocación, se marchó a Friburgo para hacerse sacerdote, y después siguió la ruta de coadjutor de Sta. Lucía en Santander, obispo de Málaga en 1947 y Cardenal en 1965...

EN EL CENTRO DE LA VIDA POLITIVA Y SOCIAL

Pero durante su fecunda etapa de director de *El Debate*, desde 1911 hasta 1933, estuvo siempre en el centro de la vida política, apostólica y social.

Por ejemplo, en 1926, Calvo Sotelo y Guadalhorce pidieron a D. Angel nombres de personas conocidas que pudieran ser nombradas para altos cargos, puesto que Primo de Rivera, tras el éxito de la pacificación de Marruecos, había decidido retirarse y dejarles el Gobierno. Lo presidiría Guadalhorce.

Una noche, en las entrevistas nocturnas que solían mantener, el propio General dio a D. Angel esa noticia. Hubiera sido un acierto. Pero España ha sido siempre el país de las grandes ocasiones perdidas.

Primo de Rivera cambió de pronto de parecer. Un discurso de un inquieto político de segunda fila le impresionó. Y rectificó su propósito. A ese gallito, dijo, yo le daré en la cresta.

Debo decir que D. Angel, como director de *El Debate*, mantuvo siempre una leal colaboración con Primo de Rivera. Una colaboración que no fue incondicional nunca. Como no lo había sido con Maura ni con ninguno de los anteriores ni posteriores jefes de Gobierno. D. Angel visitaba cada dos meses aproximadamente a Primo de Rivera en el ministerio de la Guerra. Las entrevistas, dice D. Angel, se celebraban de noche. Comenzaban, de ordinario, a la una de la madrugada y terminaban algún día pasadas las cuatro.

En una de esas entrevistas, el General dio a D. Angel una nota —de aquellas famosas que escribía de madrugada— sobre el famoso conflicto de los artilleros, que él esperaba que estallara aquella noche. Recibió a D. Angel a la una, sentado a la mesa y con un gran clavel rojo en la solapa. Venía de una fiesta en la embajada de Chile.

Le habló Primo de Rivera del conflicto de los artilleros. «Lo tengo todo dispuesto para llevármelos por delante si hacen el disparate. Pero, no. Veo que Madrid está en calma.»

Y allí delante de D. Angel, cantando lo que iba escribiendo, redactó una nota para su publicación, que iba a ser poco después, por razón de la hora.

Menos mal, cuenta D. Angel, que el inteligente y leal D. Celedonio de la Iglesia, censor de prensa, corregía siempre también lo que escribía el General y suprimía cualquier frase menos conveniente, escapada en la precipitada improvisación.

EL EPISODIO CAMBO

Un día pidió D. Francisco Cambó ver a D. Angel. Cambó estaba distanciado del General. Pero había cambiado de opinión. Venía a rogar a D. Angel que hiciera de intermediario porque estaba dispuesto a colaborar con Primo de Rivera. D. Angel aceptó el encargo gustosísimo porque comprendió que el político catalán era mucho lo que aportaba en bien de España. Esta noche, a la una, dijo a Cambó, me tiene citado el General.

Y, en efecto, planteó el caso:

— Mi general, me han hablado de Vd. hoy y alguien que se ha ofrecido a colaborar con Vd.

— ¿Quién?
— Una persona a quien Vd. estima altamente.
— ¿Quién es?
— Cambó
— De ninguna manera, dijo con vehemencia D. Miguel. Yo no puedo admitir esa colaboración. Mire Vd.: si por una puerta entra Cambó con 100, por otra me abandonan 1.000.

Fue inútil continuar. Se cerró a la banda. Al día siguiente, cuenta D. Angel, comí con Cambó, y profundamente apenado le conté el diálogo.

— Bien, dijo Cambó. Esta noche me voy a Ginebra.

En la tarde de aquel mismo día llamó por teléfono a D. Angel el entonces ministro de Estado, Yanguas Messía.

¿Qué había ocurrido? Pues que había habido Consejo en Palacio, presidido por el Rey. Primo de Rivera dio cuenta de la conversación nocturna y de que él había rechazado el ofrecimiento.

El Rey reaccionó vivamente y le dijo:

— ¡Pues has hecho muy mal!

Todos, dijo Yanguas, nos pusimos de parte del monarca. El General reaccionó también. Rectificó. Y se prestó al diálogo.

Yanguas rogaba a D. Angel que sirviera de intermediario.

Pero Cambó no quiso saber ya nada de ese asunto. Se fue a Ginebra, contrariado por la rotunda negativa primera, reflejo de las veleidades del General.

Cambó tenía de D. Angel un alto concepto, muy ampliamente correspondido. Concluida la guerra civil, escribía Cambó, entre otras, las siguientes frases sobre Angel Herrera:

«¡Curioso destino el de este hombre! Dotado de enormes cualidades para la acción (talento, dinamismo, dotes de seducción, tenacidad, abnegación, conocimiento de los hombres...), las consagró todas a crear en España unas derechas tolerantes, cultivadas, sinceramente católicas y caritativamente humanas y generosas. El trabajaba para la convivencia en el mutuo respeto de todos los españoles. Era comprensivo ante todos los problemas y especialmente los regionales y sociales».

«La guerra civil significó el fracaso total de su obra. Por fortuna para él, antes de que se produjera el cataclismo, había ya emprendido la carrera del sacerdocio para consagrarse íntegramente a Dios.

¡Decididamente la suerte de Herrera es envidiable! Y nadie, nadie, puede envidiarle tanto como yo» (Notas del block LXIV de Cambó, recogidas por Simón Tobalina).

Incurrió el General Primo de Rivera, como político, en una grave equivocación. No facilitó el movimiento de las fuerzas de orden que pretendían entonces organizarse, no en partido, sino en fuerza social colaboradora del Gobierno, pero dispuesta el día de mañana para sustituirle.

La Unión Patriótica fue idea de los Propagandistas. Intentaban crear una fuerza social regional. Concedores de las enormes reservas espirituales de Castilla la Vieja, juzgaron prudente iniciar la tarea en Valladolid.

A la cabeza de la lista que se hizo figuraba Eduardo Callejo, profesor de la Universidad y primer abogado de aquel Colegio. La U.P. se extendió pronto a Santander y a otras provincias.

«Primo de Rivera cometió el error de dar carácter oficial al movimiento, quedándose prácticamente él al frente del mismo. Yo, escribe D. Angel, lo deploré vivamente y se lo dije así a mis amigos. Y desde ese momento los Propagandistas nos desentendimos de aquel movimiento». «Es, continúa, un tremendo error crear desde el Gobierno una fuerza social, porque, por ley inexorable, nace herida de muerte. Deja de ser social. Se convierte en un organismo oficial. Más que apoyarse en ella el Gobierno, ella pende de la autoridad del Gobierno. No aporta, pues, un concurso. Debilita, más que favorece. Y si algún día cae el Gobierno, cae la fuerza social que del Gobierno pendía. Tal ocurrió con la Unión Patriótica. Tratándose de este punto era inútil dialogar con el Presidente, porque tenía formado un criterio cerrado sobre el mismo.»

Al leer hoy estas palabras de D. Angel, referidas a la U.P. pero escritas en 1965, no puedo por menos de recordar algo semejante que en los últimos años hemos vivido todos y que yo siempre enjuicié con el mismo criterio que D. Angel expone aquí. Y ocurrió lo mismo en los dos casos... Lo que tenía que ocurrir.

Terminamos ya con el época de Primo de Rivera, no sin antes citar el episodio del diario «La Epoca», conservador, que dirigía el marqués de Valdeiglesias.

La Epoca hacía siempre el vacío al General. Se celebraron unas maniobras militares en Cuatro Vientos. Asistió el Rey, con alto jefes militares. El periódico los citó a todos, menos al presidente del Gobierno. Aquello era grave por lo que podía hacer suponer. El Presidente suspendió La Epoca. M. y Pelayo ya dijo que la arbitrariedad ha sido siempre muy española.

Todos los diarios de Madrid reaccionaron y tuvieron una reunión. D. Angel hizo de intermediario y aquella noche esperó a P. de Rivera a la salida del teatro. Quedaron citados para dentro de media hora en el Ministerio de la Guerra.

Se sumó a las gestiones D. Torcuato Luca de Tena. La Epoca reapareció y la multa fue cancelada.

GOBIERNO BERENGUER

A la caída de P. de Rivera, como no había hombre civil ni fuerza en la que apoyarse, el Rey tuvo que llamar al general Berenguer. Pero Berenguer hizo lo que pudo hasta donde le alcanzaron las fuerzas.

D. Angel visitaba a los jefes políticos. Una tarde llegó a casa de Romanones. Y este le anunció que el nuevo jefe

del Gobierno era Alba. D. Angel creyó que aquello era demasiado violento. Salió de allí y fue a entrevistarse con Cambó. Este le dijo que él era el hombre de pasado mañana, pero que el de mañana era Alba.

De ahí se dirigió D. Angel al Ministerio de la Guerra a visitar a Berenguer... Le encontró abatido.

— ¿Se ha cruzado Vd. con el Rey?, le preguntó Berenguer.

— No.

— Acaba de salir de aquí. Yo no puedo moverme. Lea Vd. ese telegrama.

Era un telegrama de Alba en el que declinaba el encargo de formar Gobierno.

Estupefacto, preguntó a Berenguer: — ¿Y entonces?

— ¿Entonces? Nada. La presidencia del Gobierno está en la calle de Alcalá. No hay civil que quiera comprometerse. El Rey tendrá que llamar a otro militar.

— Pero, ¿a quién?

Berenguer se encogió de hombros y guardó silencio.

Y ocurrió lo que D. Angel relata: «Un Gobierno improvisado sin fortaleza, incoherente, de gente inexperta en general. Unas elecciones precipitadas. La derrota electoral en las grandes capitales... La ausencia de fortaleza y serenidad en los ministros. El pacto con la revolución. La renuncia al trono del pobre monarca, desamparado y mal aconsejado».

La última entrevista con Berenguer. D. Angel, ya sacerdote, dio una conferencia en San Sebastián. Al terminar la conferencia, se le acercó el general Berenguer, que no había sido visto.

Le pidió verle y tenía que ser necesariamente donde D. Angel se hospedaba.

«Vengo, le dijo al ser recibido, a verle a Vd. aquí porque vengo a cumplir una deuda que tengo contraída con Vd. Vengo a darle las gracias. A manifestarle mi profunda gratitud por la colaboración que Vd., su periódico y su grupo, me prestaron durante mi paso por la presidencia del Gobierno. Fue la colaboración más eficaz, firme, constante y desinteresada que yo tuve entonces. No lo olvidaré nunca».

¡DIOS TENGA PIEDAD DE ESTE POBRE PAIS!

Pero antes de Primo de Rivera y de Berenguer hubo otros jefes de Gobierno, con los que D. Angel mantuvo contactos de colaboración que, como dije antes, nunca fue incondicional. Y siempre con absoluta independencia.

Y lo mismo ocurrió con el régimen de Franco. Colaboré lo que pudo para modificarlo desde dentro e incluso se enzarzó en polémicas de viva oposición como la correspondencia pública cruzada con el ministro Arias Salgado sobre el régimen de Prensa.

Después de la semana sangrienta de Barcelona y del cese de Maura, este gran gobernante fue llamado dos veces al Poder. Una de ellas a continuación del hundimiento de

la Comandancia de Melilla. Se pensó en hacer un Gobierno nacional. Y Maura quedó al frente... Duró poco. Cada político comenzó a hacer su política pequeña. «Castiella face los homes y los gasta».

D. Angel visitó a Maura apenas dimitido. Le oyó decir: «Aquí me tiene Vd. Hace poco tiempo era yo el hombre indispensable para salvar la situación del país. Pero me han hecho la vida imposible y me han apartado como se arroja al cesto un cigarrillo que ha salido mal. ¡Dios tenga piedad de este pobre país!».

«Nueva confirmación, escribe D. Angel, de que en 1922 fuera posible pensar en que la fuerza civil gobernara a España. Nueva prueba de lo justificado que estuvo el alzamiento de D. Miguel Primo de Rivera».

LA REPUBLICA

Y advino la República. Es verdad que D. Angel no creyó que la República iba a ser proclamada. Creía que debía formar gobierno Cambó. Pero el hecho cierto es que el 14 de abril de 1931 la bandera tricolor ondeaba en la Puerta del Sol y el rey salía por el Campo del Moro, camino del barco en Cartagena.

No algo, sino mucho era lo que había que hacer. Y D. Angel, presidente de la ACN de P., reunió inmediatamente el Círculo de estudios en Chamartín. Le dijo que los Círculos habían terminado y que lo importante era la acción política. En realidad no podía hablarse de espíritu público en la España de derechas porque no existía. La mayoría, como siempre, soñaba con la reacción militar, pero no con el espíritu ciudadano de resistencia y de reconquista pacífica y legal... Pero intervino una minoría bajo un líder. Fue la de los Propagandistas con Angel Herrera al frente. Pasaron un domingo en retiro. A las cuatro, celebraron una breve asamblea y acordaron emprender, por parejas, el viaje a provincias para iniciar los preparativos de la campaña electoral y levantar el espíritu público. Las provincias reaccionaron y acordaron ir a la lucha electoral.

Permítaseme un recuerdo personal. Candidato por Granada era Manuel Torres López. Y yo, con mis diecisiete años, fui uno de sus acompañantes. Y allá fuimos lanzando discursos por la provincia. No conseguimos nada. El ambiente era totalmente republicano-socialista. A su cabeza, figuras como las de Fernando de los Ríos, Pareja Yébenes, Palanco Romero (que era un Propagandista renegado), etc. Baste decir que para las elecciones de abril se había pensado en un gran mitin monárquico en la plaza de toros. Me pidieron que fuera yo el orador de la juventud. El mitin no se celebró porque, llegado el momento, no había seguridad de que asistieran ni siquiera los oradores.

D. Angel se presentó candidato por Madrid para las elecciones constituyentes. No triunfó. ¡Qué providencia!, le oí decir en alguna ocasión. La pequeña minoría que logró sacar acta quedó, por ello, descabezada.

Gil Robles, catedrático y subdirector de El Debate, triunfó por Salamanca. Pero la Comisión parlamentaria correspondiente propuso la anulación de su acta. Gil Robles la defendió como un león. Su discurso causó sensación en el Parlamento y en el país. Y ganó la causa porque el Parlamento ratificó el acta.

LA JEFATURA DE GIL ROBLES

El episodio me lo contó D. Angel. El estaba en Santander y, entre aquel éxito, dijo: Ya tenemos aquí al jefe. Y aquella misma noche tomó el tren para Madrid.

Inmediatamente llamó a Gil Robles.

Esta fue la conversación:

Este despachito que tienes ahí (el de subdirector de El Debate) lo vas a dejar. Ya habrá quien lo ocupe.

¿Es que me vas a echar? preguntó Gil Robles.

No. Es que, en adelante, tu camino es la política. Serás un gran jefe y tendrás un buen bufete.

A los pocos días volvió Gil Robles para decirle:

Me dijiste que yo iba a ser el jefe. Pero no es así. Ha habido una reunión y han acordado que el jefe sea Goicoechea.

El jefe eres tú o nosotros nos retiramos («Nosotros» era ya el partido de Acción Nacional, que después tuvo que pasar a llamarse Acción Popular, porque el Gobierno prohibió el uso de la palabra «nacional».

Y, en efecto, Gil Robles fue el jefe de Acción Nacional, después integrada en la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas), aunque de ella no formaron parte otros grupos, que después vivieron por su cuenta.

Y después vino el gran triunfo electoral de 1933. Gobierno de coalición y presididos por Lerroux. Los detalles son conocidos.

Ante el triunfo de 1933 D. Angel me contó que dio a Gil Robles un consejo:

A partir de este momento las dos únicas personas que te interesan darte el poder o no te lo dará nadie. Todo lo demás no cuenta nada.

Pero Gil Robles, en vez de seguir este consejo, hizo lo contrario. Chocó con Alcalá Zamora y se dedicó a zaherirlo en todo lo que pudo. No entró en cuales eran sus razones, pero los hechos fueron así y se cumplió lo que D. Angel había previsto.

En esta pugna Alcalá Zamora-Gil Robles, cada vez que el presidente hacía un gesto de aproximación, recibía un rechazo airado. Por ejemplo, este que el propio D. Angel me contó:

Un día Giménez Fernández, ministro de Agricultura, fue recibido por el presidente; éste se deshizo en elogios a Gil Robles. He sabido, dijo Alcalá Zamora, que tiene aquí un

expediente (era, creía D. Angel, un expediente de nobleza de su mujer). Y naturalmente que lo tendrá, ¿para qué estoy yo aquí? Ese chico lo merece todo...

Giménez Fernández salió de la Presidencia y, al ir para su ministerio en Atocha, pasó por el Retiro en el coche oficial. Vió paseando a Gil Robles y a su señora. Paró el coche y les contó lo que acababa de suceder. Pero la señora rompió el fuego:

Y ese cretino, ¿qué tiene que ver con nosotros?

Y cuando terminó la señora, siguió él.

Giménez Fernández, descorazonado, se fue a ver a D. Angel.

Angel, le dijo, nos estrellamos contra el muro. No hay nada que hacer, Gil Robles no será presidente nunca.

Y le contó todo lo sucedido.

Antes dije que España era el país de las grandes ocasiones perdidas. He aquí otra. ¿Podemos suponer la suerte que hubiera corrido España, si, en vez de ir derechos a la guerra civil, se hubiera interpuesto en el camino un Gobierno Gil Robles, con mayoría parlamentaria cedista?

Ustedes conocen los hechos, tal y como sucedieron, y no es necesario que los cuente yo. He ahí el origen del distanciamiento entre Herrera y Gil Robles, que ya fue permanente por esas y después por otras razones, hasta que D. Angel murió en 1968.

En el libro de Gil Robles «No fue posible la paz», hay muchas alusiones a D. Angel, que no es fácil captar si no se está en antecedentes. Durante su última enfermedad me recibió muchas veces con el libro abierto y me decía: Aquí dice... Y a lo que alude es a esto... Y me contaba algún suceso de la historia de España.

He dicho antes que se pensara en lo que hubiera sido la historia española si en vez de ir en rampa hacia la guerra civil se hubiera interpuesto en el camino un Gobierno Gil Robles. Claro está que hay que hacer la salvedad de que a Gil Robles los mismos suyos le hubieran dejado hacer algo. En el mismo libro citado antes, él se queja de que el grupo conservador de su partido —con los Casanueva y otros a la cabeza— impidieron toda labor social y contrarrestaron lo que Giménez Fernández y otros podían haber hecho en ese sentido. Estoy de acuerdo con quienes han opinado que este es el cerrilismo incivil que hemos padecido siempre.

Es un tema muy de la predilección de D. Angel: la falta de una verdadera aristocracia. De ella tiene una gran necesidad el pueblo. «Donde no hay aristocracia —escribe D. Angel en un epílogo al que luego aludiré—, en el verdadero sentido filosófico de la palabra, el pueblo padece la opresión de oligarquías egoístas, con paréntesis revolucionarios de demagogia. O la autoridad suprema, «desprovista de asilo civil, tiene que refugiarse en la tienda de campaña de la dictadura militar», según decía Vázquez de Mella. «No ha existido ni existe en España —sigue hablando D.

Angel— una clase organizada que, como tal, actúe en la vida pública con espíritu aristocrático, es decir buscando el bien común y no el bien de su propia clase. Y cuando se trata de las clases económicamente elevadas poniendo socialmente como uno de los fines propios de la clase la protección de las clases inferiores». «La oligarquía es la corrupción de la aristocracia. Gravísimo daño han hecho en España las oligarquías. «En España, dice también D. Angel, van unidas estas dos necesidades: la de una auténtica artocracia y una verdadera justicia social».

¡Justicia social! A su consecución fueron siempre encaminados los esfuerzos de D. Angel. Ya hablamos de aquel temprano mitin de Valderredible, con el tremendo diagnóstico de D. Antonio Maura sobre lo que era España. Pero hay algo más después de aquello. Por ejemplo, el mitin de Palencia. Fue el origen, nada menos, que de la Confederación Nacional Católico-Agraria, promovida e impulsada también por D. Angel.

Un día, en 1912, entró en su despacho de El Debate el redactor encargado de la información en el Palacio Real. Le dijo que en uno de los bancos de la plaza de Oriente un orador improvisado estaba arengando a una muchedumbre que había venido de Palencia en un tren especial. Querían ver al Rey, pero como no estaban citados, no les dejaban pasar. Venían a protestar del abandono en que se encontraban y de ciertas medidas del Gobierno. Hasta que D. Alfonso advirtió lo que estaba ocurriendo en la plaza, y dio orden de que subiera una comisión a verle.

D. Angel se informó detenidamente del caso. Los campesinos tenían razón.

D. Angel y los Propagandistas decidieron celebrar un mitin en la plaza de toros de Palencia. El clero rural de la provincia se manifestó entusiasta. D. Angel fue a Palencia a promover la Junta organizadora pero antes de que llegara los caciques tenían tomadas todas sus medidas para boicotear el acto. Tenían ya constituida la Junta y nombrado el presidente, D. Antonio Monedero.

Menos mal que creyeron que éste era débil y maleable y se equivocaron. De acuerdo con él, D. Angel nombró otra junta diferente. Las fuerzas conservadoras y liberales, como se llamaban entonces, movilizaron todos sus recursos para impedir que los campesinos asistieran al mitin. Algo consiguieron, pero el mitin se celebró. A Monedero se unió otro hombre excelente: el P. Nevares, jesuita.

Emprendieron una gran campaña. En sus viajes iban también Propagandistas. El Debate publicaba las crónicas que iba haciendo D. Antonio Monedero.

D. Antonio Maura seguía con extraordinario interés la campaña. Felicitaba a D. Angel cuando le veía. Cuando Monedero habló en el teatro de la Comedia de Madrid, Maura figuraba en la presidencia del escenario.

En 1918 Maura fue llamado a formar Gobierno. Y se empeñó en que la cartera de Agricultura (era la Dirección General, porque entonces no había ministerios) la ocupara D. Antonio Monedero. Pronto quedó constituida la Confederación Nacional Católico-Agraria, presidida por Mone-

dero. Al movimiento de las Cajas Rurales, siguió el de las cooperativas, que llegaron a ser hasta dos mil en toda España. La Confederación tiene en su activo el éxito de haber barrido la usura de casi todo el país.

He aquí el fruto que sacó un hombre de acción como D. Angel, de un hecho circunstancial, como el de la muchedumbre palentina, congregada en la plaza de Oriente, a pesar de que en todas partes los caciques políticos, diríamos las clases conservadoras, obstaculizaron cuanto pudieron el movimiento redentor del pueblo campesino. Hicieron una oposición certera, manifiesto abuso del poder, dijo D. Angel.

GRAN CAMPAÑA SOCIAL DE 1922

Episodio muy importante en el afán organizador de D. Angel fue la Gran Campaña social de 1922. Fue organizada por los Propagandistas, es decir por Herrera... El fin era conseguir una recaudación extraordinaria de fondos para fines sociales. Les movió a emprenderla el ejemplo y el éxito de la celebrada en Buenos Aires, dirigida por un prelado famoso. Mns. De Andrea.

D. Angel trajo a España a Mns. De Andrea, elocuentísimo orador. Recabó la colaboración de todos los Prelados, que la prestaron con entusiasmo. Lo mismo el Nuncio. Fue a Roma a ver al Papa, Benedicto XV. Aprobó la campaña y aquella misma noche cayó en cama con fiebre alta. Dos días antes de morir envió una carta entusiasta... Conocedor de la sociedad española, puso un poco de sordina al entusiasmo respecto al fruto económico.

La primera visita había sido para el Rey, D. Alfonso XIII. Reaccionó espléndidamente. Manifestó su preocupación por lo poco que se hacía en el orden social. Prometió enviar un representante suyo al acto de inauguración de los locales de la campaña. Y cumplió su promesa... Los metropolitanos acordaron publicar un documento firmado por todo el episcopado español. Lo fecharon el 1 de marzo de 1922 y en él expusieron los fines sociales de la campaña, en los que no es preciso entrar aquí.

Importantes colaboraciones civiles: Vázquez de Mella, Ortega Munilla (padre de Ortega y Gasset). Uno con la palabra y el otro con la pluma hacían campañas encendidas. Es justo citar a los duques de Medinaceli y al gran financiero D. César de la Mora. Se celebraron actos públicos con intervención de primeras figuras, entre ellas Vázquez de Mella y Mns. De Andrea. Uno de los actos fue solemnisimo en la iglesia de San Jerónimo, con asistencia de numerosos prelados. Un Cardenal leyó la carta de Benedicto XV.

Y cuando así iba la campaña y el entusiasmo llegaba al máximo ¡la gran decepción! El Debate publica una nota de los metropolitanos suspendiendo la campaña. La comentó El Debate en un artículo discreto y comedido, profetizando algo de lo que después ha ocurrido en España.

Esa suspensión fulminante y absurda fue decidida por el Rey, D. Alfonso XIII, tras un diálogo vivísimo en Pala-

cio con el arzobispo de Valladolid, Mns. Gandásegui, llamado por el Rey, como único metropolitano que entonces estaba en Madrid. Las frases fueron muy violentas. A mí me las dijo D. Angel y González Ruiz e Isidoro Martín en su libro «Seglares en la historia del catolicismo español». Dicen que el Rey dijo al arzobispo: «Están Vds. haciendo el buey».

El arzobispo lo comunicó a los Cardenales y todos juzgaron lo más conveniente suspender la campaña... D. Angel escribe que al Rey le sedujo y ofuscó la clase que le rodeaba. La oposición en los elementos conservadores del país. Se ofuscaron de modo inconcebible. Hicieron una guerra a la campaña, con carácter despiadado. No repararon en medios para desacreditarla. Llegaron al extremo de hacer creer al Rey que, en el fondo, todo era una maniobra masónica. Utilizaron los procedimientos más inciviles para comprobar sus falsas denuncias... La policía penetró un día inesperadamente en las habitaciones que los técnicos venidos de Buenos Aires ocupaban en un hotel de Madrid. Y registró todo el equipaje y todos los papeles que llevaban en la cartera esperando encontrar algunos que justificaran las graves denuncias que habían llegado hasta S.M. Tan hábilmente urdida fue la tarea, que el pobre Rey cambió radicalmente de criterio... Y fue él personalmente quien suspendió la campaña.

D. Angel dice que en esta decisión ni Maura ni el Gobierno tuvieron intervención alguna. «Fueron, dice, las altas clases conservadoras directamente sobre el Rey. ¡Ojalá hubiera sido este el único caso durante la época de la Restauración en que la Corona se vio desasistida por la lealtad y el patriotismo de los más obligados y asediada por los intereses de clase que no tanto buscaban el honor del Rey cuanto su propio provecho».

Dos lecciones deduce D. Angel del episodio: La primera es que la Corona no es sólo la Corona. La Corona es la Corona y el Consejo áulico que la rodeaba. La segunda, que el problema constante de la inestabilidad de España es el de su alta burguesía.

Hasta aquí, sobre este asunto, las palabras de D. Angel, mucho más comedido que yo. No debo ocultaros que, en mi opinión. El Rey no estuvo en su sitio. No era extraño que un día hubiera que verle salir precipitadamente por el Campo del Moro. No sé si tampoco estuvieron en su sitio los Prelados.

Las palabras que he entrecomillado en este texto pertenecen a un epílogo que, para una selección de sus escritos y discursos que iba a publicar la BAC, escribió D. Angel en 1965. A la muerte de D. Angel, en 1968, me lo entregó la dirección de la BAC con objeto de que lo publicara YA. Pero alguien que asumía funciones de testamento de D. Angel, dijo que no se publicara, porque se iba a hacer de otra manera. Al final, como ocurre con tantos buenos propósitos, no se hizo nada. El director de la BAC, no conforme con esto, al publicar en 1976 el libro «Meditación sobre España», que recoge el ideario político y social de D. Angel, sistematizado por nuestro entrañable compañe-

ro Juan Luis de Simón Tobalina, puso una nota del editor, según la cual él ha querido añadir un documento inédito, el Epílogo, redactado personalmente en 1965 por el cardenal Herrera Oria. Este texto, que ve ahora la luz por vez primera, ostenta, por una parte, cierto carácter autobiográfico de notorio interés y, al mismo tiempo, ofrece materia de seria consideración para cuantos se preocupan del presente y del futuro de nuestro país».

Puedo decir que este documento inédito no fue publicado completo. Naturalmente fueron recogidos los episodios de los cuales se deducía una lección apostólica y social, como el episodio de Valderredible, el del mitin de Palencia, el de la gran campaña social frustrada de 1922 y el conato de transformación social de Antequera del que vamos a hablar ahora.

EL INTENTO DE ANTEQUERA

Este gran intento confirma, una vez más, aquellas palabras que ya citamos de D. Antonio Maura a D. Angel, con motivo del mitin de Valderredible: ¡Esta es España!

Cuando D. Angel llegó a Málaga, como obispo, el problema agrario de Andalucía lo encontró planteado especialmente en la zona de Antequera. Eligió a un grupo pequeño de propietarios de arraigadas convicciones cristianas. Les dio unos Ejercicios y los reunió en asamblea. Estudiaron concienzudamente unas Memorias sobre la situación del campo andaluz, redactadas por especialistas. Todos convinieron en que el régimen, tal como estaba, no era conforme con el espíritu del Evangelio ni con la doctrina social católica.

Aceptaron su propuesta: era indispensable y urgente iniciar una reforma en el campo de Antequera. Quedaron comprometidos a realizarla. Fijaron para meses después la segunda reunión con objeto de estudiarla y componerla...

Durante dos años se celebraron asambleas, unas veces en Antequera y otras en Málaga. Hubo algunas conferencias. Yo di una en el salón de sesiones del Ayuntamiento de Antequera, presidida por el Sr. Obispo.

Al final aquellos hombres bien intencionados dijeron que tenían hecha su labor. Propusieron varias fórmulas. Una de ellas la propuso el ingeniero agrónomo D. Antonio Segura que, además, presentó una Memoria previamente aprobada por una comisión; consistía en «transformar la propiedad señorial en empresa agraria, con participación del obrero en el producto bruto».

El obispo dijo a los reunidos que no era misión suya escoger fórmulas. Por ello él se retiraba para que los propietarios pudieran deliberar y escoger alguna de las fórmulas presentadas.

Antes de media hora reclamaron su presencia y presentaron los pliegos. La mayoría optaba por la fórmula del Sr. Segura.

Pero todo aquel espíritu, espléndido y decidido, duró poco. Quedó en nada. ¿Qué había ocurrido? D. Angel me di-

jo que la influencia en contra del Círculo de Labradores de Sevilla fue muy fuerte. Incluso llamaron locos a los de Antequera. Y más fuerte fue la oposición decidida de las señoras de los firmantes, que demostraron ser mucho más conservadoras que sus maridos. La mujer tiene mucha influencia en el campo, hasta por razones jurídicas.

Pero ¡qué consecuencias, escribe D. Angel, hubiera tenido el frustrado conato de Antequera, de haber llegado a buen término! Sobre el éxito de las reformas se hubiera basado la Iglesia para insistir con doblada autoridad en la obligación de cooperar seriamente a crear un nuevo orden social. Y, sobre todo, hubiera sido un punto de apoyo para los gobiernos para imponer por la coacción social y con carácter general, una reforma espontánea, particular y felizmente iniciada por la misma sociedad».

ESCUELAS Y MAESTROS

Pero D. Angel no se limitó a este intento de transformación social en Málaga. Abarcó todos los aspectos posibles. Desde su predicación continua en la Misa de una en la Catedral hasta la incorporación a todos los cuerpos de Teología del Seminario de la asignatura de predicación homilética, y el pase de los seminaristas, una vez terminados los estudios teológicos, a la Residencia de formación sacerdotal. Allí la principal y diaria asignatura era la de homilética. Pero fundamentalmente vio que en la provincia de Málaga había nada menos que 278.000 habitantes que vivían dispersos por los campos, sin cultura y sin formación religiosa.

Aquello, dijo, no podía quedar así. Constituyó comisiones que hicieron un estudio de los partidos judiciales, dividiéndolos en zonas. A la tercera, la más montañosa, sólo podían llegar los maestros itinerantes, con la mochila y la radio al hombro. En la financiación se contó con dos apartados principales: el de la colaboración social previsible y el de la subvención que había de ser solicitada del Estado. Y en la sesión de Cortes de diciembre de 1954 fue aprobada la ley por la que se creaba el patronato mixto de educación primaria de la provincia de Málaga. El compromiso era el de construir en cinco años 250 escuelas-capillas y formar los maestros correspondientes. La subvención del Estado era de diez millones de pesetas anuales. Dada la dispersión de las construcciones, el precio de cada unidad y del difícilísimo acceso a los emplazamientos no fue posible interesar a ninguna gran empresa constructora. Y las dificultades fueron tales que en muchos casos fue necesario llevar el agua para las obras a lomos de borriquillos. El Estado reconoció que el plan le suponía un ahorro del 30%.

El triunfo de la empresa, dados sus resultados, fue completo. Desde 1954 hasta 1959, según estadísticas oficiales, el índice de analfabetismo de adultos bajó en un 50%. Más de doce mil niños formaban la población escolar a la muerte de D. Angel. Más de 30.000 analfabetos habían sido re-

dimidos. Para la atención espiritual al magisterio rural y a las escuelas, D. Angel nombró varios sacerdotes misioneros rurales. Y los alumnos de Teología del Seminario dedicaban parte de sus vacaciones de verano y de Navidad a convivir con los habitantes del campo en torno a las escuelas rurales.

VIVIENDAS

En cuanto a las viviendas, ya en 1948 creó en Málaga el Patronato benéfico de viviendas. Y se acometió la construcción de 2.500 viviendas en la barriada de San José de Carraque, de Málaga, de cuya construcción se encargó el Instituto Nacional de la Vivienda, con la cooperación del Patronato.

La campaña de caridad fue también importante. En julio de 1959 fue constituida la cooperativa de viviendas de San Vicente de Paul, dependiente de la Escuela diocesana de asistentes sociales. Pronto entregó 286 viviendas y había en construcción otras 500.

Y no sólo en Málaga. Pensemos en todo el complejo del León XIII, Pio XI y Pio XII en Madrid. Pensemos en la fundación de la Escuela de Periodismo de la Iglesia y en el monumento a la cultura y a la religión que significan los diez volúmenes de La Palabra de Cristo, que dirigió D. Angel, dada su preocupación por la predicación de la palabra de Dios.

Y no olvidemos la Escuela de asistentes sociales de Málaga, erigida en septiembre de 1959, para trabajar en hospitales, guarderías, suburbios, cooperativas de viviendas, clubs juveniles, colonización, subnormales, parroquias, centros sociales, desarrollo comunitario, barriadas de absorción, etc. Muchas de estas instituciones habían sido también creadas en Málaga por el S. Cardenal. Entre ellas, el Colegio de San Francisco en Ronda, para que cursaran el bachillerato o cursos de maestría industrial alumnos de los pueblos de aquella serranía.

GRAN CAMPAÑA DE CARIDAD

No menos importante fue la gran campaña de caridad de Málaga, promovida por el prelado en colaboración con la autoridad civil. El patronato benéfico de viviendas Santa María de la Victoria, durante la estancia de D. Angel en Málaga, recaudó cerca de 22 millones de pesetas para resolver el problema del chabolismo. Los organismos del Estado contribuyeron con 60 millones. También las Cajas de Ahorros, por préstamos complementarios, dieron más de 34 millones. La cifra total invertida, gracias a la iniciativa del prelado, fue de más de 116 millones de pesetas y con el resultado de 1584 viviendas entregadas y 280 en construcción.

Hagamos mención escueta del convictorio para diáconos de las diez residencias sacerdotales, de la atención al

Seminario, de la Escuela Social sacerdotal, que instala en el propio obispado a los tres meses de la llegada a Málaga; promueve la enseñanza de la doctrina social en los centros de segunda enseñanza de la diócesis.

Para no hacerme más extenso no hablamos de su preocupación por la enseñanza superior, tema tratado por nuestro compañero Sánchez Agesta en una conferencia de apertura de curso en la que nos invita a volar con el espíritu. Citemos otra vez la fundación de los Cursos universitarios de Santander, la Escuela de Periodismo de la Iglesia, el Instituto Social León XIII...

Se ha hablado mucho de su carácter. Decían que era hombre duro. Yo creo que era esencialmente duro consigo mismo, y le faltaban rasgos de humor.

En una ocasión estaba yo con él y entró la monja que le atendía, pretendiendo que se tomara un caldo. D. Angel, muy serio, dijo: Hermana, le propongo que lleguemos a un acuerdo: que cuando yo diga que no, es que no.

Pemán escribió: «Yo pasé con él en Málaga una Semana Santa. Y le vi aprovechar con misional estrategia el peligroso folklore adherido al Misterio. Le vi repartir cajetillas de tabaco a los costateros o cargadores de pasos. Le vi llevar la larga cola magna en la procesión: porque vestirse de luces también puede ser necesario para la faena apostólica. Le vi hablarle a los gitanos en medio del Perchel, a la puerta de la cárcel. Uno me hizo de él — auténtico — un máximo pamegórico: «este se pone a vender un burro y lo vende antes que yo».

Siendo ya Cardenal, llegó un día a Roma para asistir a las sesiones del Concilio. Fue a hacer una visita a la Sagra-

da Congregación de Seminarios. En el ascensor, un monseñor italiano, muy hablador, le preguntó:

¿Vucencia es obispo?

Sí, soy obispo, contestó D. Angel.

Y ¿de dónde?

De España.

¡Ah de España!, pero, ¿cuál es su nombre?

Herrera.

¡Ah sí! Herrera; muy conocido, muy conocido...

Sí, constestó D. Angel, pero aquí en Italia el conocido es el del fútbol, no yo.

(Como habrán supuesto, se refería a Helenio Herrera, el entrenador.)

El tema de hoy no es el de su ideología sino el del creador de instituciones y formador de hombres, que se pasó la vida predicando la justicia social y diciendo que el mayor defecto del pueblo español era la carencia de una aristocracia, entendida, como dijimos antes, en el sentido del gobierno y protección de los mejores volcados hacia el pueblo. Aristocracia como también la entendía Madariaga: la que acepta más deberes de los que le imponen.

Se propuso transformar el catolicismo español y transformar a España a la manera del astrónomo que, como decía Martín Sánchez, no se dedica a buscar las manchas del sol sino a descubrir nuevos planetas y nuevos mundos para expandir su doctrina.

De él podemos decir también lo que figura al pie del monumento de otra gran personalidad española: que igualó con la vida el pensamiento.

**PAGINA EN BLANCO EN
EL ORIGINAL**

9 octubre 1987

Presente y futuro de los medios de comunicación

Mons. Antonio MONTERO

Quiero hablaros hoy de las ideas de Angel Herrera sobre la Prensa: su vigencia, presente y futuro.

La primera comprobación que nos sale al paso, al aproximarnos a su ejecutoria biográfica y a las constantes profundas de su personalidad, es que la vocación de este insigne santanderino a la profesión periodística y a la empresa informativa fue en su caso derivada, instrumental y subsiguiente. Creía advertir —confesará en sus memorias— que Dios no le llamaba al periodismo, cuando a sus 22 años aparece en el grupo juvenil del P. Angel Ayala que pone en marcha en Madrid el núcleo fundacional de la Asociación de Jóvenes Propagandistas. Lo que anima al brillante y jovencísimo abogado del Estado, como él mismo confesaría más tarde, es *levantar la moral de los católicos en la vida pública*. Herrera experimenta la llamada al apostolado desde las hondas raíces religiosas que alimentaron su existencia durante toda la vida; es lo que llamamos hoy la vocación apostólica de un seglar comprometido. Esto ha de ensamblarse con otro eje de su existencia, manifestado por él mismo incontables veces, *despertar la conciencia social de los católicos españoles y muy señaladamente de las clases acomodadas*.

El hontanar religioso alimenta en Angel Herrera la inquietud social y ésta a su vez determina los derroteros de su trabajo civil.

Es curioso, marcado como estaba en sus coordenadas intelectuales y en sus enfoques operativos por una formación de jurista, de la que son exponentes, a título de ejem-

plo, su sentido institucional y su horror a la anarquía, que ni el bufete ni el funcionariado público ni la cátedra de derecho canonizaron de hecho su actividad profesional. Decidió, en cambio, mojarse —como diríamos hoy— en la dirección y adquisición de un periódico, con un preciso objetivo, levantar los animos, comprometer la conciencia de sus correligionarios en dos áreas mal cubiertas: la justicia social y la vida pública. Quiere esto decir que, para el fundador de la Editorial Católica, todo el entrenamiento técnico, empresarial y cultural de la gran prensa carece de consistencia, no tiene finalidades propias y sólo se legitima para un católico como megáfono de la catequización. Desde luego, nadie como Herrera expresó y vivió con tanto énfasis la clásica aplicación en este campo del sustantivo y del adjetivo. *En la prensa Católica hay que privilegiar, ante todo, el nombre sustantivo, la prensa, sólo así tendrá sentido y eficiencia el adjetivo católico*.

Angel Herrera hizo compromiso firme de su moral profesional y, aunque al sentarse por vez primera en su despacho de Director de El Debate no había tenido otra experiencia de un periódico que su lectura en el desayuno, tomó absolutamente en serio el nuevo menester, se impuso así mismo los aprendizajes técnicos indispensables, se rodeó, como veremos, de profesionales competentísimos y mantuvo relaciones con sus colegas más preclaros, como Juan Ignacio Luca de Tena, Manuel Aznar y tantos otros. No se propuso ser ni lo fue un tratadista de la comunicación social ni un teórico del periodismo, su «opera omnia»

es básicamente la colección de El Debate. José María García Escudero, con más pericia y título para ello, ha ordenado sabiamente y comentado con gran tino en un grueso volumen de la BAC el pensamiento del famoso rotativo durante sus 25 años de vida y no duda en afirmar: «El Debate fue Herrera», y condensa su valoración del personaje en esta jugosa anécdota relatada por Pemán. Visitaba éste El Escorial con un amigo, quien le preguntó: «¿Quién hizo ese monumento, Herrera el de El Debate?» «No, por Dios, Juan de Herrera el arquitecto». «... Pues, mira, podría ser el otro...»

En el índice sistemático del libro de García Escudero se revela como en una radiografía profunda toda la vertebración del pensamiento herrero sobre la política, el estado, la sociedad, la constitución del país, las instituciones, la Iglesia, el mundo moderno, España, los españoles, y los expresos regímenes vividos por ellos en el primer tercio del siglo: restauración, dictadura, república. Dos capítulos más específicos del volumen se refieren al periódico mismo, autorretrato de El Debate, y a la prensa. Por sus obras los conoceréis. En efecto, de lo que hizo Angel Herrera cogimos sin esfuerzo su concepción teórica, su valoración ética y técnica del rol del periodismo en la sociedad contemporánea. El publicó muy pocas cosas con su firma; entendía que un gran periódico, sobre todo en su información y en su pensamiento editorial, había de ser como una empresa anónima en el mejor sentido, fruto de una conjunción de esfuerzos no atribuibles nominalmente a ninguno de sus artífices. Por eso, implantó en sus redacciones el Consejo Editorial. El mismo, personalmente, escribió poco, aunque se dividen los testimonios al respecto, y nunca con su firma. Acostumbraba siempre, eso sí, a confeccionar un breve guión, montado siempre en ideas sustantivas, cuyo desarrollo encomendaba luego a un redactor de confianza. Sin embargo, su mente poderosa, su claridad de ideas, el vigor y el rigor de su pensamiento, la reciedumbre cántabra de sus expresiones, le acreditan como escritor excelente de muy acusada fisonomía. Tuvo cierto pudor ante la crónica y el reportaje, pero en los 80 folios de sus memorias —sólo iniciadas por desgracia— revela un colorismo en la descripción y una especial gracia narrativa, en cuyo trasfondo se reflejan las gozosas lecturas, tan entrañables para él, de su paisano José María de Pereda.

Don Angel fue un valioso, aunque muy poco prolífero, conferenciante y un vibrante orador, aunque no se conservan las más de sus piezas. Fue también articulista con firma, cuando solicitaron su colaboración desde otras instancias no controladas por él mismo. Merced a ello y a la rica producción pastoral de sus documentos como Obispo, se han podido reunir algunos volúmenes de sus escritos. Naturalmente, el tema del periodismo y la prensa es sólo una pequeña parte de esa producción... Pero con lo que tenemos sobre comunicaciones sociales nos basta y sobra para incluir su firma en la nómina de autores preclaros que han sumado aportaciones propias al tratamiento profundo del fenómeno informativo.

En el excelente volumen de la BAC publicado en 1963 por José María Sánchez de Muniain y José Luis Gutiérrez con las Obras de Angel Herrera, ocupa unas 70 páginas el apartado del periodismo: ellas constituyen el hontanar básico de su pensamiento explícito sobre estas materias. Se trata de escritos ocasionales, entre los que sobresalen los siguientes: una conferencia pronunciada en 1927 sobre «escuelas de periodismo», una lección en la Séptima Semana Social de España, titulada la «Ordenación Jurídica de la Prensa», en octubre del mismo año; su discurso de despedida al abandonar la dirección de El Debate el 9 de febrero de 1933; un cruce de cartas públicas con el Ministro español de Información y Turismo, entre el 12 de enero y el 20 de febrero de 1955; un discurso en el Cincuentenario de la Editorial Católica, el 26 de junio de 1963...

* * *

He de limitarme a espigar sus textos más señeros cediéndole continuamente la palabra a su autor y centrando la atención en tres temas, lógicamente implicados entre sí: El Periodista, el Periódico y la Prensa en general.

El Periodista

Fiel a su filosofía personalista, que, sin ser todavía la de Mounier es ya claramente precursora de la del Vaticano II, Herrera justiprecia de partida al periodista de carne y hueso, al profesional de este oficio azaroso y polivalente que genera como pocos una división de opiniones en la sociedad. En la cima de sus valoraciones él tenía entre los ojos a los profesionales más preclaros de la prensa anglosajona, tanto de Inglaterra como de los Estados Unidos. En cuanto a España había vivido amargas experiencias de periodicuchos pendencieros y de gacetilleros venales que le llevaron a afirmar más tarde que nuestra patria tenía al respecto una tradición incivil y bochornosa. Es de suponer que los equipos humanos de aquellas redacciones no contaron con un bagaje técnico, cultural y moral, superior al producto que segregaban. Incluso periódicos católicos aparecían como atenazados por la polémica constante, siempre a la defensiva o al ataque, comidos muchas veces por disensiones internas, sin que sean menospreciables, ni mucho menos, los esfuerzos de calidad y de modernización que dieron pie a las Asociaciones de Prensa Católica, a los congresos sobre la misma y a las realizaciones tan meritorias como la «Gaceta del Norte» y el «Correo de Andalucía», todo ello en la primera década del siglo. Ciertamente este es el ambiente que respira el P. Ayala y que hereda Angel Herrera.

Herrera supo aplicar a la parcela del periodismo su conocido empeño, casi obsesión, por la formación de hombres idóneos. En unos casos abrió las puertas del periodis-

mo a brillantes graduados universitarios y a hombres de valor, sacándoles de las casillas de una burguesía acomodada, lanzándoles a expresarse en letra impresa y comprometiéndolos con el rumbo y el ritmo de la vida nacional: Fernando Martín Sánchez, José María Gil Robles, Alberto Martín Artajo, José Larraz, José María Sánchez de Muniain e Isidoro Martín Martínez pasaron por estas lides. Y hubo también otros, con profesionalidad más estricta y buen equipamiento cultural, como Medina Tagores, Vicente Gallego, Francisco de Luis, Nicolás González Ruiz, Pedro Gómez Aparicio, que aportaron a la Editorial Católica los cuadros más brillantes del periodismo activo de la época.

Herrera hizo comparecer en sus columnas a escritores de raza como Eugenio D'Ors y José María Pemán, si bien la vena lírica y la dimensión estética no fueron los componentes más señalados de su rica personalidad. Lo que sí supo hacer como nadie es dignificar la vocación y profesión periodística. En esa preocupación se inscribe la creación de la Escuela de Periodismo de El Debate, institución señera donde las haya, cuyas nueve promociones desde 1927 a 1936 han alimentado medio siglo a los mejores equipos redaccionales de nuestra prensa como periodistas de cuerpo entero.

En una conferencia pronunciada en Madrid por su fundador, en el Salón de Actos de la Unión Iberoamericana, el 21 de abril de 1927, disertó Angel Herrera sobre las escuelas de periodismo, la formación de periodistas y la dignidad de la profesión. Postuló para los alumnos de estos centros un bachillerato clásico enraizado en la mejor tradición humanística de Grecia y de Roma, al que seguirían los estudios superiores con rango universitario, asentados en el rigor de un sólido pensamiento filosófico, bien nutridos de ciencias históricas sobre todo en aquellos capítulos del pasado que suministran las claves de interpretación para los acontecimientos de nuestro tiempo...

Yo creo, profetiza Ange Herrera, que en realidad todos estos estudios vendrán a refundirse en la Universidad y podrán adquirir una verdadera autoridad en el mundo; de no hacerlo así, será una lamentable equivocación, porque equivaldría a considerar la Universidad como un edificio sin ventanas, que no tenga contacto alguno con el mundo exterior que la rodea. A los periodistas así forjados, una vez en la cancha de la actualidad y de la opinión pública, yo no dudo en decir —añadía— que consituyen una suerte de aristocracia espiritual, una aristocracia que tiene que cubrir aquellos deberes que marca la doctrina cristiana: el deber de ilustrar rectamente al que no sabe, ejerciendo una especie de patronazgo sobre las clases inferiores. Una aristocracia que recoge las palpitaciones diarias y es el portavoz del progreso, una aristocracia, en fin, que comparta con el Gobierno las funciones directivas del Estado.

Herrera pone aquí de manifiesto el componente utópico que acompañó siempre a su connatural pragmatismo y se sitúa en el plano del *deber ser*. Hoy podríamos de este lenguaje ciertos resabios de elitismo y paternalismo al que ni él, ni el P. Ayala —«Formación de selectos»— lo-

graron substraerse del *todo*, como Ortega, Madariaga y otros escritores, maestros de su época. Herrera no consiguiera eludir, al menos en su lenguaje, un cierto clasismo intelectual y cultural que, por otra parte, tampoco responde a las categorías profundas de su pensamiento, valedor como fue siempre de la dignidad del hombre desvelador de los caciques, empeñado en liberar al pueblo de su minoría de edad.

Dirigiéndonos al meollo de su semblante ideal del periodista, anotemos cómo empareja su función social con la del gobernante. El cuarto poder, para serlo con justicia, ha de encarnar la cuarta responsabilidad en la conducción moral de un país. Por eso, casi 30 años más tarde de aquella conferencia del Director de El Debate en el Salón de la Unión Iberoamericana de Madrid, el ya Obispo de Málaga contribuía con un breve trabajo sobre las Organizaciones Internacionales al libro homenaje ofrecido por intelectuales católicos del mundo entero al Papa Pio XII, refiriéndose allí a las minorías rectoras que configuran el futuro de la sociedad de nuestra época. Monseñor Herrera se fija en estas dos, los sacerdotes y los periodistas. De los segundos dice entre otras cosas, glosando textos muy valiosos del Papa Pacelli, que los periodistas deben ser en el orden de los principios sujetos de conciencia ilusionada y profunda; a la luz de esta conciencia deben interpretar los hechos... Hablamos, ya se entiende, de los grandes editorialistas de los grandes diarios, de los varones insignes a los cuales ha dedicado páginas luminosas el Pontífice reinante.

Pero no eran sus apreciaciones personales, ni siquiera el magisterio Papal, la única fuente inspiradora del arquetipo herreriano del periodista. Ya hemos dicho que D. Angel apreciaba una rendida admiración al gran complejo informativo del mundo anglosajón, periódicos, agencias, escuelas de periodismo. No es de extrañar que finalizara su famosa conferencia del año 27 leyendo las palabras que el fundador de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Columbia escribió en su testamento en 1914, «tengo mucho interés en el progreso y elevación del periodismo por haber empleado mi vida en esta profesión a la que considero nobilísima y de insuperable importancia por su influencia sobre el pensamiento y la moral del pueblo; deseo atraer a ella jóvenes de carácter y de capacidad... a fin de que puedan adquirir la formación moral e intelectual más alta posible»... El objeto de esta Escuela es hacer mejores periodistas, los cuales hagan mejores periódicos que a su vez hagan mejor al público; la Escuela dará ciencia, no para la ciencia en sí misma sino para usarla en servicio del público».

El Periódico

Dije antes que para Herrera el periodismo era de por sí una realidad consistente y admirable, un logro de la cultura e historia humana, aun prescindiendo de su funcional-

dad, como vector de la misma cultura o de la evangelización.

Pienso que si él continuó pilotando un gran diario, en lugar de ejercer como brillante abogado o como alto funcionario, fue porque le atraía y le realizaba plenamente este quehacer, porque le gustaba tomarle el pulso a la vida humana y sentir los latidos del planeta. Herrera dejó escritas múltiples expresiones, todas ellas encomiásticas de lo que es y supone un gran periódico.

En noviembre de 1959 celebró sus bodas de plata el *Diario Vasco de San Sebastián*. En el número conmemorativo se publicó un artículo del Obispo de Málaga, donde se lee textualmente: «el gran periódico es una institución singular, única —diría que es una institución cumbre—. Supone una avanzada madurez social, política, técnica y hasta económica... Se ha dicho de él que es la industria que cierra el ciclo de su producción en 24 horas. Su producto, tan difícil de conseguir, tiene vida efímera, aplicada la palabra con todo rigor de su origen etimológico... En 24 horas recoge el diario la primera materia, es decir, la noticia del mundo entero; la depura, la ordena, la estudia, la comenta, la redacta, con una técnica literaria amplia. Y la difunde rapidísimamente a su extenso mercado, que es muchas veces internacional». Este canto a la técnica, a la empresa y al trabajo nos recuerda el lenguaje admirativo de Pío XII al iniciar su encíclica sobre el cine, la radio y la televisión, publicada dos años antes que este artículo: «los maravillosos inventos de la técnica de los que se glorian nuestros tiempos, si bien son dignos del ingenio y del trabajo humano, son en sí mismos dones de Dios».

Estas emociones de Herrera preludian también las palabras titulares e iniciales del Decreto del Vaticano II sobre los medios de comunicación social: ...«entre los maravillosos inventos de la técnica que, sobre todo en nuestro tiempo, ha extraído el ingenio humano, con la ayuda de Dios, de las cosas creadas, la Santa Iglesia acoge y fomenta a aquéllos que miran principalmente al espíritu humano y han abierto nuevos caminos para comunicar con extraordinaria facilidad noticias, ideas, doctrinas...»

El talante de un creyente ante los «mass media» es de alta valoración, de simpatía, de fomento y acogida. No dudo en afirmar que Herrera ha sido en nuestra patria el principal artífice de una actitud superadora de los miedos, rechazos y condenas viscerales de algunos medios católicos de mediados del Siglo XIX y primeras décadas del Siglo XX, que, aunque no considerasen a los medios como invenciones del diablo, impidieron, con su reserva, una participación más constructiva de la Iglesia en la comunicación social moderna.

Ahora bien, esa definición descriptiva y funcional de las 24 horas de un periódico, ha de ser completada por esta otra que extraemos de su conferencia en la Séptima Semana Social de España, Madrid, octubre de 1927: «En efecto, señores —decía D. Angel—, veréis que un periódico no son las máquinas, ni la empresa económica, ni siquiera su redacción. Quizá podrá decirse que la esencia de un periódico

está en el público, en su sector de público, unido con una redacción en la que deposita su confianza, de la cual recibe informes y orientaciones». Evidentemente se está refiriendo a lo que se ha llamado en el mundo informativo, periódicos de opinión y aquellos otros que, acentuando su profesionalidad e independencia, emiten juicios de valor sobre los acontecimientos y sintonizan con amplios estratos de la ciudadanía. Plantea, de paso, el clásico problema, nunca bien resuelto del todo, de quién es, no la propiedad material, sino la línea editorial y el mensaje social de un periódico. ¿Quién es el dueño de su alma? Al final de los años 30, la pregunta era candente. El comunismo aplastaba Rusia, el fascismo había sentado sus bases en Italia y el nacionalsocialismo asomaba sus fauces en Alemania. En España llega al poder la suave dictadura, no ideológica, de Primo de Rivera. Entre tanto, en los Estados Unidos se alzaban los imperios informativos bajo el signo del más crudo capitalismo.

En la conferencia mencionada, quizá la pieza doctrinal de Herrera en esta materia, se analizan los sistemas informativos de Inglaterra, Italia y Alemania. En los países totalitarios se atacaba duramente a los empresarios con expresiones como estas, «la libertad de prensa consiste en que el periódico no sea del hombre que da diez millones por él, sino del ciudadano que da en la calle diez céntimos por su periódico». Pero el remedio alemán de privilegiar a los redactores, otorgándoles todos los fueros, fue peor que la enfermedad, al ir transformando gradualmente a los periodistas en funcionarios del estado, con las consecuencias trágicas que luego verificó la historia. Evidentemente, la preferencia de Herrera se iba por Inglaterra, y por un periódico arquetípico, el «*Times*» de Londres. En la mentada conferencia se refirió con gusto a este caso singular: «Si ha existido —decía— algún periódico en el mundo que pueda decirse representante de sus lectores y, en cierto modo, representante de toda una gran nación, este periódico es el «*Times*» de Londres».

Vosotros conocéis la bella frase que no está mal repetir de L. Barthol, quien hablando en el Parlamento Británico dijo: «Si Inglaterra hubiera desaparecido por completo del mundo y de ella sólo quedara su memoria y yo tuviera que mostrar a un habitante de futuras edades lo que había sido este gran imperio, y se me permitiera elegir entre todas las instituciones de Inglaterra la que yo quisiera para ponerla delante de los ojos, yo no haría resucitar ni la escuadra inglesa, ni los muelles del Támesis, ni el movimiento de las calles de Londres, ni siquiera este magnífico Parlamento, en el cual hoy día nos reunimos, yo habría presentado a este hombre un número del «*Times*» de Londres». Claro está, el «*Times*» —decía— era Inglaterra.

Pero, en todo caso, D. Angel Herrera mostró en ésta y en otras ocasiones su fórmula para coordinar los intereses legítimos de la empresa editorial, de la redacción y del público. Rechazaba la estatalización. El insiste en una ley, por sus muchas reservas al liberalismo económico desahogado, culpable de tantas injusticias sociales en la España y en la

Europa de su tiempo. Esto genera también en Herrera bastantes recelos y cautelas ante el total liberalismo político. Se oponía por convicción a los desmanes de un periodismo sin vallas morales, desaforado y agresivo. Proclama que este periodismo es causante de la estupidez del Siglo XIX. Se ha consentido que la prensa haya destruido el capital cristiano que nos han dado catorce o quince siglos de cristianismo. El que no se indigne en presencia de este escándalo no posee —afirma con gallardía— el espíritu de nuestro Señor Jesucristo.

Para cerrar este apartado sobre su concepción sobre el periódico, resulta obligado referirnos a su propio diario, *El Debate*, que más que el *Times* de Londres o el *Washington Post*, encarnaba con toda lógica el paradigma periodístico de Angel Herrera. Remitiéndonos a la colección de *El Debate*, o cuando menos a la brillantísima síntesis de la BAC, a cargo de José María García Escudero, podríamos dar cumplida razón del logro singular de este empeño suyo... en sus posiciones editoriales, en sus intervenciones históricas, en su colosal influjo en la sociedad española de su tiempo.

Me limitaré a un par de botones de muestra, expresiva visión de Herrera sobre su propia obra. Son de dominio común las tesis que definieron la línea doctrinal de *El Debate* y de la *Editorial Católica*, dentro de una confesionalidad católica, manifiestamente profesada pero no agresivamente esgrimida. Se propugnó siempre la primacía social del bien común, el respeto al poder constituido, la accidentalidad de las formas de gobierno, la primacía de la colaboración sobre la crítica, la unión con los afines y el trato respetuoso a los adversarios; todo ello con una apertura a la Europa y al mundo de su tiempo: un claro empeño de modernidad y una voluntad reformista, que no revolucionaria, en el campo de la justicia social.

Omito los dos momentos en que Herrera decide su propia obra: al despedirse para irse a Ginebra, o al pasar a la *Acción Católica* la dirección de *El Debate*, donde habla del empeño social y habla con nostalgia de lo que no ha conseguido de los católicos españoles en esta materia. Y, también, el discurso casi de despedida de 1963 ante la *Editorial Católica*. En éste se refiere a la tesis de las dos Españas y habla no de dos, sino de las tres Españas: «Dos Españas, no. Será más exacto decir tres Españas. Siempre ha habido una tercera España, una España de un lado tradicional, sabia y genuinamente tradicional; existe en nuestra historia, en nuestra ideología, en nuestras instituciones. Por otro lado, es ampliamente progresiva, deseosa de recibir y adaptar en la medida de lo posible las enseñanzas sabias de otros pueblos. Preciso mi pensamiento con nombres de insignes varones, lo cual es, por una parte, prueba de lo que digo y, por otra, expresión viva de la idea de lo que digo. La tercera España se llamó en la primera década del Siglo XIX, Jovellanos. Jovellanos comprensivo y magnánimo, enérgico y bondadoso a la par, una de las figuras más amables de nuestra historia. La tercera España se llamó a mediados de siglo, Balmes; y en el último cuarto de

siglo, en el orden político se llamó Cánovas y en el cultural Menéndez Pelayo.

La Prensa en general

Por su modo de ser y por su vocación radical a los problemas colectivos, Herrera ensancha el círculo de su atención y de sus preocupaciones a todo el estamento del que formaba parte, sin limitarse al estrecho recinto de su sala de redacción. Su periódico, por significativo que fuera, representaba para él uno más entre tantos rotativos españoles, afectado por los mismos condicionamientos y urgido por los mismos acicates que el resto de la prensa nacional. Le importaba eso, la prensa como tal, tanto a intramuros del país como más allá de las fronteras. Y esto, porque su concepto de prensa no incluye una suma aritmética o un kiosko variopinto de cientos de títulos aislados, perdidos en la jungla de la letra impresa. Los periódicos en su conjunto constituyen un entramado social y público, no oficial ni gubernamental que, por su repercusión impresionante en la vida política, económica y cultural, requieren un estatuto que los libere a ellos de la tenaza del Estado y de otras manipulaciones de poderes anónimos. Herrera quiere que se garanticen en el seno de las empresas informativas los derechos y deberes de cada uno de estos elementos, que se defiendan también a los ciudadanos de los desmanes de una difusión mendaz, agresiva y corruptora.

Lamentaba Herrera la escasa producción legislativa que existía al respecto en los estados modernos, excepción hecha de los de índole totalitaria que barrían hacia dentro y legislaban para asfixiar. Se quejaba él entonces —como aún lo hacemos hoy— de que, estando el campo de la información y de la opinión tan cercano al de la enseñanza y al de la educación, y sintiéndose tan emparejados ambos en su trascendencia social, la prensa estuviera en mantillas. En lo concerniente a su arropamiento legislativo, Herrera buscaba la ley como cauce civilizado entre el estatismo y la anarquía.

En 1927 presentó, en la *Semana Social*, las bases elaboradas años antes por la redacción de *El Debate* para una ley de prensa en España. En sus cláusulas se protegía a la sociedad, obligando a informar de su identidad a los accionistas mayoritarios de un medio informativo, y exigiendo a la empresa un nivel de solvencia económica y profesional. Les señalaba a los periodistas un nivel de formación académica para ejercer de redactores e ingresar en el colegio de su gremio. Se delimitaban las circunstancias excepcionales en las que el gobierno podía establecer la previa censura de los periódicos, recoger la edición o interrumpirla temporalmente. A todo lo cual, se añadía una fijación de delitos de prensa con sus correspondientes sanciones. Se auspiciaba, por último, la protección legal de la industria periodística y la consideración del periódico como una institución social y no puramente privada. Esta pro-

puesta que fue enviada en su momento a la Cámara Legislativa —no creo que pasara de allí— reflejaba el momento histórico en el que fue redactada: resquebrajamiento de la dictadura y temor a la anarquía, junto con la prudente apertura de los hombres de El Debate a un régimen democrático curado de antemano de liberalismo abusivo.

El Debate estuvo reclamando una adecuada ley de prensa desde 1925 a 1930, buscando una salida gradual y razonable en este campo a la dictadura de Primo de Rivera. Sus títulos editoriales eran estos: «Entre la impunidad y la servidumbre», «No ley excepcional, sino que la prensa no sea excepción», «Ley de prensa o no hay libertad», «Ni desenfreno ni censura, sino ley». El espíritu de lo que se quería decir con todo esto lo condensa magistralmente Angel Herrera en unos de los párrafos finales de la disertación aludida: «Yo creo —decía— que en los años venideros las naciones europeas tendrán que seguir influyendo en la vida de sus gobiernos. Es demasiado culpable la Europa moderna para que se resigne a no pensar en los asuntos públicos. Y una vez que piense, para que se resigne a no exponer sus ideas. Además, no es lícito impedir ni aquel pensamiento ni esta exposición. Un Gobierno que insista demasiado en querer imponer una verdad oficial y una información oficial, podrá tener consigo a las masas, pero nunca tendrá las mejores inteligencias y los entendimientos más capaces».

No podía calibrar entonces el periodista Herrera lo que se le vendría encima a España, y a Europa... con la más cruel de las guerras civiles y la más espantosa guerra mundial. Tampoco podía imaginar que, 28 años más tarde, el Obispo Herrera había de sostener con el Ministro de Franco, Gabriel Arias Salgado, un debate público de gran resonancia nacional sobre los daños sociales de una prensa dirigida y censurada.

La correspondencia Obispo-Ministro fue motivada con la aparición en Ecclesia el 8 de enero de 1955 de un extenso editorial titulado «Hace falta ley de prensa». Alguna parte tuve en él, como director del Semanario, y puedo asegurar que supuso para la Acción Católica española, cuyo órgano era Ecclesia, y para el Cardenal Primado Pla y Deniel que nos respaldaba, un pulso audaz con el poder. El Obispo de Málaga salió a la palestra y nos echó una mano, en tono de altísimo respeto al Ministro, llevando sus concesiones al máximo entre la dialéctica, la diplomacia y la caridad pastoral. El prelado sentó doctrina firme sobre la ilicitud moral de las consignas estatales a la prensa, la peligrosidad de la censura previa y la improcedencia de calificar como católico un sistema informativo de tal índole.

Sigo un poco más detalladamente todo el proceso de el debate, y recojo las frases más expresivas de D. Angel. «El silencio de la Iglesia podría interpretarse como un asentimiento puro y simple a las palabras del Sr. Ministro. Pero, ni todas las ideas del discurso, ni el régimen actual de prensa se acomodan al ideal ofrecido, defendido y querido por la Iglesia en esta materia. El régimen actual ofrece dos puntos vulnerables, muy difíciles de conciliar con las enseñan-

zas católicas: la censura y las consignas. La censura, por el modo de practicarla, las consignas como principios». En consecuencia, el Obispo manifestaba que no suscribía las palabras siguientes del Ministro: «se verá con claridad meridiana —decía Arias Salgado— cómo los principios que han guiado y guían la política española de prensa durante estos años, son conformes a la razón natural y a las enseñanzas católicas». Pasarían aún más de 10 años hasta que la llamada ley Fraga abriera a la prensa española unos caminos de liberalización y autonomía que están en la base de nuestra transición pacífica, aplaudida por propios y extraños. Aquel Parlamento de papel— preparatorio del Congreso y del Senado democráticos de hoy —tampoco habría podido aparecer sin la siembra anticipada de semillas cristianas de libertad, por hombres como Angel Herrera. Si sus posiciones, leídas en nuestro contexto democrático, pueden parecer hoy demasiado tímidas y contemporizadoras, hay que retrotraer su lectura a la distancia originaria, para que nuestra intelección de los hechos y de los textos resulte correcta y capaz.

Vigencia de la figura y pensamiento de Herrera

La vida de Angel Herrera aparece muy marcada por dos períodos acusadamente diferentes, bien delimitados entre sí. Descontando su infancia, primera formación, carrera universitaria, brillantes y logradas oposiciones a Abogado del Estado y pasos iniciales en Madrid, le tenemos al frente de El Debate a sus 25 años en noviembre de 1911. Desde entonces y hasta que deja el periódico en 1933, pasarán los 22 años fundamentales de su vida. En ellos, va a alentar, fundar o promover la Asociación de Propagandistas, la Confederación Católica Agraria, el grupo inicial de Democracia Cristiana, la Acción Católica, los Estudiantes Católicos, Pax Romana, etc.

En febrero de 1933, deja El Debate para ocupar la Presidencia de la Acción Católica Española, y desde allí, tres años más tarde, en abril del 36, casi en vísperas de la guerra civil, marcha a Suiza para cursar intensivamente los estudios eclesiásticos, hasta que vuelve ya ordenado de presbítero en julio de 1940. En 1947 será Obispo de Málaga, en 1966 Cardenal de la Iglesia Romana, y en 1968 cerrará sus ojos a este mundo para presentar a su Dios y Señor una hoja de servicios inigualable.

Siguiendo sus pasos durante los 82 años de su existencia, se aprecia en Angel Herrera una continuidad armoniosa entre el seglar, el clérigo y el Obispo. A lo sumo, en su vida episcopal se notaba que la gracia de estado —como dijo bellamente Pemán— engrasaba todas sus rigideces y exactitudes. Durante toda su vida ejerció un riguroso dominio sobre sí mismo, tomando sus ímpetus de hombre enérgico y tenaz, idealista y ardiente, previsión y medida: fue un líder nato. Fue considerado siempre un fuera de serie por sus más inmediatos, aun por algunos que no resistían su grandeza... Hombre siempre de religiosidad centra-

da y de ardiente celo apostólico, clarividente, enamorado de España y comprometido con ella, consciente en su humildad de su singularidad histórica.

Desde luego, aunque llegara a Cardenal y fuera un prelado ejemplarísimo, lo que marcó su vida y definió su figura histórica fue *El Debate* y toda su existencia laical, aun sabiendo como sabemos que sus proyectos sacerdotales ejecutados a los 50 años venían de muy lejos. Al preguntarnos hoy por la significación histórica, por la vigencia actual de Herrera, lo primero que nos sale al paso es su magnitud personal, la estatura sobresaliente de su personalidad en el primer tercio del siglo. Hombre de pensamiento y de acción, en proporciones singulares como lo dibuja de Simón Tobalina; tan vasto y poderoso en sus capacidades que no podía tener sucesor, proclamaría Martín Sánchez, al despedirlo para Ginebra; dotado de enormes capacidades para la acción, talento, dinamismo, tenacidad, conocimiento de los hombres, consagrado totalmente a Dios. La suerte de Herrera es envidiable, así lo recuerda en su memoria Francisco Cambó. Capaz de hacer *El Escorial*, como su homónimo Juan de Herrera...

Está fuera de dudas que ni España ni la Iglesia pueden permitirse el lujo de sepultar en el olvido a un hijo tan preclaro. Y ello, no sólo por gratitud sino por la necesidad de modelos de referencia. Muyfrecuente, suele darse en el catolicismo, y en nuestro pueblo, una unión de pensamiento y acción, fe y compromiso con el mundo, tradición y modernidad, sentido de Iglesia y libertad laical, españolidad y europeísmo, arrojo y moderación, protesta social y cambio escalonado, personalidad singular y trabajo en equipo. Estos son los frutos más abundantes de nuestra huerta, tan necesarios para la buena salud y la respetabilidad y la cotización exterior de nuestro pueblo y de nuestra Iglesia. Nos conviene, pues, a todos que Herrera siga vivo, y que su testimonio acicate en el laicado y en el clero español unos empeños tan valiosos como los suyos.

¿Y qué herencia aprovechable nos queda de su pensamiento sobre la prensa?, ¿o sobre la comunicación social? Así como los grandes sujetos humanos —se llamen Sócrates, San Agustín, Cristóbal Colón o Einstein— siguen siendo arquetipos para los hombres de la posteridad, por años y siglos que pasen, no ocurre tanto con sus realizaciones concretas, pues hoy no jugamos con Hipócrates ni guerreamos como Julio César, ni navegamos al viento de las carabelas y descubrimos continentes. El mundo de las comunicaciones sociales que ya en tiempos de Herrera experimentaba una transformación espectacular, ha dado un salto de gigante en el último medio siglo. El tiempo ha transcurrido desde que Angel Herrera dijo adiós a *El Debate*. Desde entonces el panorama de las comunicaciones sociales se ha ensanchado hacia nuevas tierras y océanos a los que no llegó su campo de observación. No es que ignorara la inducción en la masa consumidora de la radio y la televisión. La radio adquiriría fuerza por momentos, pero aún no era un fenómeno social; la televisión superaba apenas la fase de laboratorio. Para una realidad jurídica y ética nueva en

la historia, se hablaba todavía tan sólo de la libertad de prensa, o a lo sumo del derecho de prensa. Se consideraba ya a los periódicos, eso sí, como un cuarto poder. Contaba mucho la prensa tanto en los países democráticos como en las dictaduras.

Hoy, el simple cambio de denominación, medios de comunicación social, sancionado así por el Concilio Vaticano II, denota el volumen adquirido por el fenómeno informativo, que cubre el planeta entero con la presencia abrumadora e indiscreta de la radio en todos los reductos de la intimidad humana: alcoba, cocina, coche; con el imperio de la televisión como cátedra de masas con clientela multimillonaria, con las órbitas de los satélites de comunicaciones girando sobre fronteras de países, buscando antenas parabólicas donde cursar un mensaje, con una televisión por cable y una grabación por vídeo; con unos bancos de datos, una transmisión vídeo-telefónica que nos permitiría a diario cocinar nuestro menú informativo con platos multinacionales.

Me pregunto: la concepción herreriana, la prensa como institución social, ¿tiene sentido y aplicación en esta babel? Si él hubiera escrito sobre técnicas de impresión según los datos de su época, resultaría arqueológico, más que obsoleto. Si lo hubiera hecho sobre sociología de la información o sobre efectos económicos de la publicidad, su testimonio sería interesante... Herrera habló de ética y habló de derecho. Todavía nos sirve, y mucho, valorar la responsabilidad, hoy más fuerte que ayer, de los medios de masas en la educación. Hoy pelagra más que antaño la libertad de expresión, no sólo a mano de regímenes totalitarios. Hoy se plantean, con mayor amplitud que ayer, problemas como el derecho fundacional de un periódico o emisora a preservar su línea editorial; el derecho de los periodistas al acceso a las fuentes de información, al silencio sobre las mismas y a las cláusulas de conciencia; la libertad de prensa sólo utilizable por una minoría acaso monopolista de privilegiados. Se está orientando la demanda hacia una pluralidad de medios... Lo que hoy cuestionamos en países libres como el nuestro, es la licitud o la ilicitud de una televisión única y estatal, condicionada por el partido del gobierno, empeñado de hecho, salvando intenciones, en un cambio de sociedad. Hoy, sobre todo, desconcierta la macroempresa multimedia y multinacional con hombres como Berlusconi, etc., que emerge como un muro infranqueable ante la impotencia decisoria de un periodista, de un medio informativo y hasta de un Estado. Cuán necesario se nos muestra ante tal panorama un magisterio humanista como el de Angel Herrera, hondamente cultural y social, valedor de una conjunción de deberes y derechos, que ponga orden, concierto, ética y estética en la confusa galaxia de las comunicaciones sociales.

D. Angel no se resignaría a que mil millones de hombres siguieran sumergidos en dictaduras espirituales, rojas las más, azules algunas, como corderos boquicerrados, siempre súbditos y nunca ciudadanos. El no aceptaría la tesis entre democrática y demagógica, de que la mejor ley

de prensa es ninguna, dejando a las masas indefensas, personales, a intimidad privada, a los niños y a los jóvenes a la merced de campañas desaprensivas y con la sola tutela de un código penal genérico y obsoleto, no pensado para tal situación. El apeló a la Ley.

Pero también es verdad que en nuestro tiempo ha crecido hasta el máximo la desconfianza en los poderes públicos. Pero Herrera arbitró también la forma de dar las competencias a los tribunales y no a la administración pública, de fomentar los códigos de honor, e incluso el poder de los colegios profesionales, junto con el control social. Lo expuesto por Herrera en relación con los usuarios y los medios de expresión abría cauces a un derecho de la información muy pobre aún entre nosotros.

¿Y qué decir, finalmente, de la noble vocación del periodista, o del comunicador como hoy diríamos? No podemos aceptar sin más que por la proliferación enorme de editores, productores, guionistas, redactores, locutores, publicitarios, montadores, etc., vaya cundiendo el anonima-

to, la irresponsabilidad diluida, la prolitarización en serie de un oficio tan digno. Ya todos los periodistas son graduados universitarios... pero carecen de estudios de deontología informativa. Tampoco resulta estimulante que la clase periodística española no termine de establecer sus códigos deontológicos. Confiamos, con todo, que el más alto nivel intelectual de los periodistas y cultural de nuestro pueblo, junto a una progresiva maduración democrática en cumplimiento de deberes y en ejercicio de derecho, unida a otros influjos beneficiosos de la propia universidad, de la legislación general y de la misma Iglesia, vayan equilibrando el formidable desarrollo técnico, el inmenso peso social de las comunicaciones sociales, con su dignidad moral...

¡Ojalá, finalmente, que los medios católicos y los católicos en los medios sepan ser, como Angel Herrera, los pioneros de un empeño tan formidable!

Muchas gracias.

16 octubre 1987

Angel Herrera y la política

José M. GARCIA ESCUDERO

Angel Herrera fue sobre todas las cosas un hombre religioso; un arquetipo de la clase de hombres cuya vida está absolutamente determinada por la constante referencia a la divinidad. Lo fue a lo largo de toda su vida, tanto durante su época de seglar como en la de sacerdote, obispo y cardenal, y es esa referencia sobrenatural la que da plena continuidad a esa vida, por encima de las grandes diferencias de estado y circunstancias que separan al juvenil abogado del Estado que en 1911 cuelga la carrera para dirigir «El Debate», y el príncipe de la Iglesia que falleció en Madrid medio siglo después. Todos aquellos con los que me he entrevistado para preparar las «Conversaciones sobre Angel Herrera» que pronto verán la luz, coinciden en esa primacía de la religiosidad que incluso alcanza el campo de la mística. «Hablaban con el Señor en el sagrario —me decía don Emilio Benavent— como ahora estamos hablando usted y yo». Y es significativa la entrevista con Leopoldo Calvo-Sotelo: aún recuerda el estupor con que cuando don Angel, que acababa de tomar posesión de su diócesis, le invitó junto con otros jóvenes a visitarle en Málaga, descubrió que la reunión que él y los demás suponían que iba a ser de iniciación política, se convertía pura y simplemente en unos ejercicios espirituales. Esperaban al político y encontraron sencillamente al pastor de almas.

Ahora bien, esa espiritualidad que se alimenta principalmente de dos lecturas constantes, San Ignacio y Santa Teresa, era, como es en ambos santos, una espiritualidad de encarnación, dispuesta siempre a traducirse en obras:

obras culturales, obras sociales y, naturalmente, obras políticas, consideradas no como un fin en sí mismas, sino como, un medio para la evangelización de la sociedad, que fue la constante preocupación de Herrera y es lo que verdaderamente le importa y con vista a lo cual hace todo lo demás. Esa evangelización no admite espera; y es la verdadera explicación de que cuando Herrera se encuentra con unas estructuras políticas que no son cristianas sino secularizadas y pluralistas, como son las de todas las sociedades modernas, en vez de eternizarse en la espera de que cambien a mejor o de subordinarlo todo a su conquista por la fuerza, que era la alternativa de la que no sabían salir los católicos y que producía su esterilidad, acepta resueltamente actuar dentro de tales estructuras, tal como había pedido el gran León XIII, sin que los católicos le hubiesen hecho demasiado caso.

¿Hemos aprendido la lección del gran pontífice después de un siglo? Todavía hace sólo unos días tenía yo que replicar a algún articulista y explicar que sólo actuando desde dentro de la sociedad secularizada y pluralista en que vivimos y con arreglo a las reglas de juego de esa sociedad podemos hacer algo eficaz, y es más: que en última instancia, actuando así no hacemos cosa distinta de la que nos enseñó Cristo, que pudo haber sido un zelote más o haberse presentado como el Mesías todopoderoso que esperaban sus contemporáneos y escogió el camino más ingrato y lento de la penetración gota a gota en la sociedad. Pudiendo haber hecho cruzados formó apóstoles, y los me-

tió en un mundo tan semejante al nuestro como el de los primeros siglos cristianos, sin más armas que su palabra y el testimonio de sus vidas. Saber ser hoy cristiano consiste en eso precisamente, y no es mala tarjeta de presentación el que los primeros cristianos empezasen siendo cristianos así.

Para entender a Herrera, me decía un compañero nuestro, Mariano Sebastián, hay que verle como uno de los hidalgos montañeses que inmortalizó en sus novelas José María de Pereda. Pues a tono con ello era su doctrina política: la doctrina tradicional de Jovellanos, Balmes, Menéndez Pelayo, Cánovas y Mella... Gobiernos fuertes, monárquicos o presidencialistas y corporativismo mejor que la democracia inorgánica, que a lo sumo le parecía a Herrera aceptable para los pueblos anglosajones, mas no para los latinos; democracia, la suya, más bien entendida como gobierno «para» el pueblo que como gobierno «por» el pueblo y con la participación orgánica que he señalado, como expresión de una sociedad viva, enraizada en instituciones e hirviente de asociaciones, que debe preceder, completar y simultáneamente controlar y frenar a los Gobiernos más eficazmente que cualquier clase de contrapesos constitucionales; y por dentro del sistema, como savia o sangre del mismo, las minorías selectas que fueron la preocupación constante de Herrera.

Ahora bien, en dos puntos se apartaba Herrera de la derecha con la que esa manera de pensar le vinculaba; en primer lugar la condenación rotunda de la mística nacionalista en boga en su tiempo; en segundo lugar la aceptación de la realidad, que le hacía relegar su ideal político al reino de las utopías para aceptar el marco de la democracia inorgánica y del pluralismo de partidos, con la confrontación y el diálogo entre estos; incluso habría preferido entablarlo con los socialistas mejor que con los liberales, de los que le separaba la cuestión religiosa, mientras que le acercaba a los socialistas la común preocupación social. La consecución era la necesidad de ese partido católico que no existía en España y él se esforzó por todos los medios en crear.

Os invito a considerar en qué grado ese esquema es rigurosamente aplicable a la España actual, como secularización del poder y pluralismo, un socialismo fuerte en su implantación social y la necesidad de darle una réplica que, sin embargo, no rompa el marco democrático de convivencia, aunque hoy no sea tan claro que se deba hablar de un partido confesional y haya que admitir opciones conservadoras que no son católicas y opciones católicas que no son conservadoras. Otra diferencia es que en la época de Herrera el ideal confesional y corporativo era solamente el sueño imposible de los integristas y hoy tenemos detrás la decepción aleccionadora del franquismo: cuarenta años en el poder sin que hayamos conseguido retener el Estado y mucho menos cristianizar la sociedad.

MONARQUIA Y REPUBLICA

Volvamos a Herrera. La esencia de su mensaje está en los siguientes puntos:

1.º Acatamiento de los poderes constituidos de hecho que ofrezcan tanto garantías de permanencia, como exigencia de la primacía del bien común.

2.º Distinción entre Constitución y legislación, es decir, entre los regímenes y sus leyes; se debe respetar a los primeros, pero hay que combatir sus leyes injustas. ¿Habrá que decir que este segundo mandamiento es tan importante como el anterior? Por olvidarlo, se tacha de acomodaticia la doctrina herreriana; pero no sólo no es acomodaticia, sino propia de temperamentos vigorosos que sepan afrontar esa batalla de todos los días en que se puede convertir, si se la aplica rectamente. José Luis Gutiérrez García la coloca entre la revolución y el servilismo. Olvidar el primer mandamiento es la revolución; olvidar el segundo es el servilismo.

3.º Respaldar a los partidos afines.

4.º Crear el gran partido católico.

Herrera inició la aplicación de esos mandamientos aceptando la Monarquía de la Restauración, aunque por ello tuvo que afrontar la crítica de los integristas, los cuales no aceptaban que «El Debate» llamase a Alfonso XIII «Majestad», y conste que integrista era entonces una gran parte del catolicismo español y de su clero, aunque no militares en las filas del llamado partido integrista; respaldando a don Antonio Maura, cuyo liberalismo le hacía sospechoso para los sancionados críticos; apoyando también el regionalismo de Cambó; estimulando al gran político catalán a una acción de ámbito nacional y favoreciendo la creación de un partido católico, en el que deberían entrar mauristas, regionalistas, el grupo social de la democracia cristiana y los seguidores de Mella, el cual, contrariamente a tantos de sus correligionarios, para quienes eran sinónimos los términos de católico y carlista, estuvo siempre abierto a la colaboración con los afines. No consiguió Herrera el gran partido católico, pero pudo apoyar al Partido Social Popular, que había sido nuestra democracia cristiana si, cuando apenas acababa de dar sus primeros pasos, no lo hubiese matado el golpe de Estado del General Primo de Rivera.

Consiguió Herrera su gran partido años después, cuando se proclamó la República, aunque para llegar a ella debamos saltar sobre la dictadura (ya me ocuparé de ella) y sobre el fracasado intento del Centro Constitucional que, demasiado tarde, realizaron Herrera y Cambó casi en vísperas de la proclamación del nuevo régimen.

No lo esperaba Herrera, a quien por eso un herreriano tan entrañable como José M.^a Sánchez de Muniáin retrata como «excelso profeta» y «pésimo adivino». Veía mejor de lejos que de cerca. Pero una vez proclamada la República y ante la quiebra de los antiguos partidos de la Monarquía y la atonía de los hombres a quienes se dirigió primeramente, fue él quien se adelantó a movilizar a sus propagandistas para constituir lo que primeramente fue Acción Nacional, tuvo que cambiar su título algo después por el de Acción Popular y acabó siendo el núcleo de la Con-

federación Española de Derechas Autónomas, que en poco más de dos años conseguía la resonante victoria electoral de noviembre de 1933. En el círculo de estudio de Madrid se trató el 16 de abril de la necesidad de actuar en defensa de los principios católicos, haciendo caso omiso de la cuestión o las formas de gobierno. Cuatro días después, el boletín de la Asociación publicaba una nota sobre «Los propagandistas y la política», en la que recordaba que, si bien la Asociación como tal no podía realizar campañas políticas, sus miembros, como ciudadanos, tenían «el derecho y el deber gravísimo de intervenir en la política» por lo cual el centro de Madrid (y los demás de España siguieron su ejemplo) suspendía los círculos de estudios para que sus miembros se pudiesen dedicar a los trabajos de propaganda y lucha electoral en apoyo de la agrupación política recién creada. Pasado el momento inicial, parte de los propagandistas continuaron vinculados al partido y otros volvieron a las tareas estrictamente apostólicas.

La decisión de Herrera no podía ser ninguna novedad para los propagandistas. Sus principios habían sido estudiados en los círculos de la Asociación durante el curso 1929-1930 y los había expuesto «El Debate» en varios editoriales durante los años citados y en 1931. Era la doctrina que el gran León XIII había aplicado a la República francesa y que su discípulo había acomodado a la Monarquía española. Caída ésta, bastó la sustitución de la referencia a la forma de gobierno para que aquello que había servido con Alfonso XIII se pudiese aplicar a la República. Pero también obedecía Herrera a inspiraciones más inmediatas y concretas. El 20 de diciembre de 1963 escribí a Sánchez de Muniáin sobre las memorias que iba a redactar, en las que mencionaría sus conversaciones con Pío XI, Piacelli y Tedeschini, y le decía: «todo tuvo su interés histórico y es además —sobre todo la conversación con Pío XI— plena confirmación de la sabiduría con que procedieron los propagandistas». Sabiduría y espíritu de obediencia, como subrayó en varias ocasiones. Contaba, pues, Herrera con el más autorizado respaldo, cuyo recuerdo haría rebelarse al cardenal Segura, años después, contra el trío (Tedeschini, Herrera y el cardenal Vidal y Barraquer) al que consideraba responsable de que hubiese tenido que abandonar el territorio español y cesar como primado, en cumplimiento de «la política republicanizante del Papa». Nada impidió que la actitud de Herrera suscitase la hostilidad durísima de aquellos para quienes sólo cabía la guerra a muerte a la República, aunque no pudiesen evitar el triunfo del partido que pudo haber tenido en sus manos los destinos de España si, como todo hacía prever después de su triunfo electoral, el presidente de la República le hubiese entregado el poder. ¿Por qué no lo hizo?

El primer presidente de Acción Nacional fue Herrera, pero enseguida entregó el mando a Gil Robles. Fue el éxito de éste en su primera intervención parlamentaria el que decidió a Herrera a cambiar sus planes, que habían sido las de asumir él la jefatura política dejando a Gil Robles la dirección de «El Debate». Y fueron las dotes excepcio-

nales de Gil Robles como organizador y tribuno de masas las que pusieron en pie al partido. Pero, en contra de la idea usual sobre la doctrina de Gil Robles hacia su antiguo mentor, la verdad fue la contraria. «Sobre todo a partir de 1935 —escribe Gil Robles— nuestras discrepancias fueron continuas, aunque no trascendieran al público», y Herrera, en sus memorias, recordaba el consejo que dio a Gil Robles después de la victoria de 1933: sobre todo, entenderse con el presidente de la República, en cuyas manos estaba el confiarle o no el Gobierno. Herrera escribió: «No me hizo el menor caso».

El temperamento de Gil Robles, su incompatibilidad personal con Alcalá Zamora, la presión de los sectores, principalmente juveniles, de su partido, que le impulsaron a declaraciones y actitudes que tenían que alimentar los recelos del presidente sobre su sinceridad democrática, hicieron que el deseo de Herrera no se viera cumplido, con lo que a la CEDA se le pasó el tiempo sin obtener el poder, del que la distanciaron definitivamente las elecciones de febrero de 1936, que dieron el triunfo al Frente Popular e hicieron inevitable la guerra civil. ¿Habrían sido diferentes las cosas si Herrera se hubiese presentado en 1931 a diputado por Santander, donde probablemente habría triunfado, y no por Madrid, donde fue derrotado, con la consecuencia de que no pudo ir a las Cortes? Es la pregunta que se hace alguno de mis entrevistados. Y otro, Pedro Gamero del Castillo, ya fallecido, deplora que Herrera cediese la jefatura de Acción Nacional. Según él, Herrera era el hombre del momento, con su prestigio casi mítico, su elocuencia avasalladora, la posibilidad de obtener concursos que a Gil Robles se negaron y, sobre todo, la de un entendimiento más fácil con Alcalá. Cambó era también de este parecer y se duele de que con Gil Robles la CEDA cambiase el carácter moderado que le habría infundido Herrera para convertirse en un «instrumento de batalla». Aunque en contra de esas especulaciones se puede alegar que Herrera no tenía vocación de político; que las causas más profundas de la actitud de Alcalá Zamora no eran las extremosidades de Gil Robles, sino el temor a que le arrebatasen el liderazgo de la derecha que aspiraba a tener cuando cesara en la presidencia, y que en todo caso, la radicalización del socialismo, que fue la causa verdadera de la tragedia española, habría hecho inútiles los mayores esfuerzos de moderación. Y es justo reconocer que, pese a todo, en la línea de legalidad que Herrera había marcado se mantuvo la CEDA hasta el final, y si la guerra se produjo, no fue por su culpa.

LA GUERRA CIVIL

Cuando estalló la guerra, Herrera estaba en Friburgo, preparándose para el sacerdocio. Había salido de España en la noche del 10 de mayo. Aún confiaba en la posible convivencia, y así lo demuestran las palabras que dirigió a los propagandistas el 15 de abril, en las que se esfuerza

por infundirles serenidad, convenciéndoles de que la situación no era desesperada y se podía contemplar con «serena confianza». Quizá por ésto, Escolar cuenta que, en vísperas del alzamiento y conocedor él de la fecha, le asaltó el escrúpulo de si debía revelárselo a su íntimo amigo Alberto Martín Artajo; resolvió hacerlo, pidiéndole absoluta reserva, y cuando Artajo respondió que él no podía tener secretos con Herrera, Escobar se echó atrás de su propósito, espantado: «¡como si ee hubiera dicho a Indalecio Prieto o a Casares Quiroga... A Herrera le hubiera faltado tiempo para precipitarse a poner en conocimiento del primer gerifalte republicano que se encontraba al teléfono lo que supiera!» Ninguno de mis entrevistados admite, ni aun como hipótesis, que Herrera hubiese procedido de esa manera, sino que habría hecho lo posible para que se suspendiese el alzamiento sin traicionar la confianza de nadie. Pero es un hecho que cuando el alzamiento se produjo y se atribuyeron a Gil Robles unas manifestaciones contrarias, Herrera se apresuró a felicitarle por teléfono, antes de que Gil Robles tuviese oportunidad de rectificar la noticia, como hizo.

En su diario de aquellos años, Cambó recuerda sus frecuentes y sabrosas entrevistas con «el amigo de Friburgo», como suele denominar a Herrera, y su común desacuerdo ante el alzamiento, pero cualquier testimonio indirecto sobre la actitud de Herrera queda oscurecido por el importantísimo guión para una intervención suya, presumiblemente en un círculo de estudios o reunión análoga que he encontrado en sus cuadernos íntimos, y por las reflexiones que hace a continuación sobre la situación política española. El cuaderno correspondiente se inició en 1933 y, aunque ni el guión ni las reflexiones llevan indicación de fecha, su contenido y el que aparezcan a continuación de una carta del 26 de septiembre de 1936, permiten suponer que los dos textos sean poco posteriores (el círculo de estudios que Herrera fundó en Friburgo funcionó durante los años 1937 a 1939). El contenido de ambos textos es claro: la sedición, como la llama en una ocasión Herrera, o la rebelión, como la denomina también, le parece injustificada y no cree que los católicos, «ut tales», la pueden defender, ya porque se entienda que nunca es lícito alzarse contra el poder constituido, ya porque no concurrían las circunstancias que habrían podido justificarlo. Ahora bien; lo mismo que salva la recta intención de los rebeldes («hemos suponer obraron todos según conciencia y el honor les dictaban»), relega todo lo que ha pasado a lo histórico, sobre todo a Dios», para aplicar inmediatamente a las autoridades nacionales su doctrina de acatamiento al poder constituido y establecer que se les debe «apoyo decidido, eficaz, generoso», «sincero, plenísimo», teniendo en cuenta que «las ideas básicas en principio nos parecen bien», aunque distinguiendo entre política nacional y política de partido. No obstante, atenúa la responsabilidad del Gobierno (debe entenderse del republicano) en razón de que «fuerzas disponía para reprimir extremistas, sediciosos obligándole a apoyarse incluso criminales»; pide que se huya de to-

da represalia («de nuestra parte no deben recibir (los gobernantes) excitaciones al rigor; manifestarles, sí, el deseo de que se abrevien las horas del rigor»), y destaca la conviencia de que la iglesia se mantenga «fuera y por encima» del conflicto, previendo la odiosidad de parte del pueblo obrero que su alienación pueda producir el día del triunfo. Aunque también subraya: alejamiento «en lo posible».

En consonancia con la actitud expuesta, mantuvo relación con la representación diplomática de la España nacional en Suiza y con las autoridades franquistas; participó en una negociación política de largo alcance para acabar la guerra en el Norte mediante una paz negociada con los vascos, para lo cual celebró dos entrevistas infructuosas en San Juan de Luz y en Bayona con Alberto Onaindía, el famoso «padre Olaso» de la radio; vino a España a abrazar a su madre cuando Santander fue liberado y se planteó el problema de su actuación el día en que la guerra terminase.

El, como Cambó, consideraban que la causa profunda de la tragedia había sido el incumplimiento por el clero de su deber. «Si la mitad de los que han sabido ser mártires hubieran sido apóstoles», escribe Cambó en su diario, reflejando el parecer de ambos, «la horrible catástrofe no se habría producido». Por eso, la restauración moral de España dependerá de lo que sea su clero y de ahí que, a principios de 1939, Herrera exponga a su amigo su propósito de instalarse en Santander una vez ordenado sacerdote, para crear una institución dedicada a la formación social del clero, que más adelante se podría reproducir en otras diócesis. La transcendencia del proyecto hizo que Cambó le preguntase si no tenía demasiada edad para acometerlo y no encontraría dificultades por parte de los obispos. La doble objeción, que demuestra la perspicacia de Cambó (con los dos obstáculos chocó Herrera) se estrelló sin embargo en la firme determinación de éste. Lo anunciado fue exactamente lo que hizo apenas pudo volver a España e instalarse en Santander, incorporado a la parroquia de Santa Lucía.

EL FRANQUISMO

Téngase en cuenta que no se le había perdonado, ni a él ni a los suyos, su anterior colaboración con la república. Aunque sus antiguos seguidores se habían sumado fervorosamente al alzamiento, defendiéndolo unas veces con las armas o con su colaboración y pagando en la otra zona su adhesión con la persecución, la prisión o la muerte, de cuál pudo llegar a ser su situación dan fe Giménez Fernández, a punto de ser fusilado y confinado luego: Lucía, condenado a pena capital, aunque se le conmutó, y Gil Robles, cuyos servicios a la causa nacional no fueron suficientes para que pudiese volver a España. El propio Herrera, cuando llegó a Santander, tuvo que ser protegido día y noche contra los falangistas que pretendían asaltar su domicilio. Simultáneamente pudo ver cómo la mayor parte de

sus obras eran desmanteladas. «El Debate», prohibido; a YA se le impone un director y realmente es un diario sequestrado hasta que en 1952 Herrera consiguió que se autorizase el nombramiento de Aquilino Morcillo, quien lleva a el periódico a la cumbre de su difusión e influencia. Tampoco el Instituto Social Obrero pudo reaparecer. Los sindicatos obreros católicos, la importante Confederación Nacional Católica Agraria y la Confederación de Estudiantes Católicos son absorbidos por las organizaciones oficiales. Se podía temer un desmoronamiento total y es emocionante ver cómo en esos momentos Herrera, con su prodigiosa capacidad de recuperación, desentendiéndose incluso de las obras que se han podido salvar y pueden marchar solas, acomete la que bien puede llamarse su «segunda fundación», que en realidad es la serie de fundaciones que culminaron en la constitución de la «Pablo VI», ya en las vísperas de su fallecimiento.

Son obras de formación social, puesto que actividades sindicales no son posibles, pero que, naturalmente, se desarrollan en el marco del régimen, lo cual exige una toma de posición política, para cuya recta comprensión me parece indispensable un brevísimos repaso a la que anteriormente adoptó Herrera ante la dictadura de Primo de Rivera.

Es claro que, ante una dictadura, no se podía mantener el esquema propio de un régimen de pluralismo político, pero sí se podía, en primer lugar, y siempre de acuerdo con los principios de León XIII, acatar el sistema establecido (Herrera dijo alguna vez: «¡si yo colaboraría hasta con Negrín!») y en segundo lugar, hacer lo posible para que el sistema evolucionase hacia otro de normalidad. Fue lo que Herrera procuró con la fórmula de Uniones Patrióticas, de la que el dictador se apropió para hacerla infecunda, como pasa con lo que solamente vive del poder, y sobre todo, con su influjo en el general, a través de las editoriales de «El Debate» e incluso con su relación personal, que fue intensa y constante. Desgraciadamente, y aunque en algunos momentos creyó tocar el resultado a que aspiraba cuando Cambó se ofreció a colaborar y cuando Primo de Rivera pareció dispuesto a entregar el poder a Guadalhorce para que éste realizase la transición a la normalidad, esas esperanzas se frustraron. Fue después de la caída de Primo de Rivera cuando éste confesó a Herrera que «El Debate» había sido su mejor amigo, porque le apremió a que, cumplida su tarea de sacar a España del bache de 1923, diese paso a una democracia sensata.

La misma actitud mantuvo con el régimen de Franco, ya desde la guerra civil, como vimos. Esto explica que cuando, en la paz, se plantea el problema de su aceptación, y los propagandistas y los hombres de la Editorial Católica se dividen entre partidarios de la colaboración y enemigos de prestarla, Herrera opte decididamente por los primeros. Creyó tocar el fruto de su posibilismo cuando el 20 de julio de 1945 se constituyó un nuevo Gobierno, en el que figuraba Alberto Martín Artajo como ministro de Asuntos Exteriores. En el archivo de Herrera hay constancia de la correspondencia que desde meses antes mantenía sobre el

tema con Artajo, a quien el 27 de junio aseguraba que «en lo de fondo estarás en materia grave muy asesorado e incluso dirigido desde arriba». Claro es que no se trataba sólo de la cartera de Asuntos Exteriores. «Yo soy la evolución» es la frase que se atribuye a Artajo y no hay duda de que eso era lo que su mentor tenía en la cabeza y motivó sus entrevistas con Franco, así como sus viajes a Roma, donde se entrevista con el Papa; a Lausanne, donde lo hace con don Juan de Borbón y a Lisboa, donde ve a Gil Robles. Si la entrevista de Lausanne no pudo ser más feliz (su recuerdo fue en don Juan y en Herrera duradero), la de Lisboa no pudo ser más ingrata e infructífera, como revelan los términos acres con que Gil Robles da cuenta de ella en su diario, publicado en 1976 con el título «La Monarquía por la que yo luché». El mismo dice que se pensaba en un bipartidismo, con un ala obrera que capitanearía Girón, y otra democristiana, cuya dirección se le reservaba, y por supuesto, la Monarquía en la cúpula del Estado. El fracaso de la entrevista cortó los puentes entre Gil Robles y sus antiguos amigos de la Asociación Católica de Propagandistas y provocaría después la grave crisis de la Editorial Católica, que obligó a Herrera a asumir nuevamente la presidencia de la Junta de Gobierno y se resolvió con la salida de Francisco de Luis. Sólo si se tiene en cuenta la fuerza e intimidad de los lazos afectivos que unían a aquellos hombres se puede medir lo que su discrepancia tuvo de desgarradora y las cicatrices que dejó en ellos. En todo caso, y a pesar de la decepción de Lisboa, Herrera persevera y su intervención en la Asociación el 1 de febrero de 1946 podría compararse con la que precedió a la aceptación de la República, aunque la actitud de Herrera ante un Estado que se declaraba confesional y soportaba una agresión internacional de dureza inusitada, tenía una cordialidad que lógicamente faltaba en 1931. Herrera sigue confiando en la evolución del régimen y cinco años después le encontraremos detrás de las conversaciones que con esa finalidad celebran Franco y Larraz. Aunque hay quienes opinan que Herrera respaldó a Artajo, pero no a Larraz, y otros creen lo contrario, lo más probable es que estuviese detrás de los dos. Todas sus esperanzas les deshizo la guerra fría, al deparar Franco el apoyo internacional que necesitaba sin que tuviese que hacer el cambio interno que se le pedía.

Ya desde algunos años antes, a partir de su nombramiento como obispo, era manifiesta en Herrera la primacía de la preocupación social, aunque todavía hubiese estado detrás del intento político de Larraz, y su correspondencia con Artajo, sobre todo, demuestre que seguía atentamente los temas políticos, y esto hasta el fin de su vida. Habrá que pensar, como decía con buen humor a Luis Sánchez Agesta, que «a nosotros, en el fondo, lo que nos gusta es la política». Pero el hecho es que se centra, como digo, en sus obras sociales y tengo la convicción de que no aprovechó el prestigio grande que acabó adquiriendo sobre Franco para plantearle problemas de otra naturaleza. Así se dio el caso de que se negase cuando el nuncio Riberi le pidió que hablase al jefe del Estado en favor de la libertad sindi-

cal. Don Angel replicó al nuncio: «¿se da cuenta de lo grave que es lo que me pide? Imagínese que Franco me responde: si eso piensa la Iglesia, yo, que soy buen hijo de ella, mañana notifico al país que me voy porque no puedo gobernar a España tal como la Iglesia me pide. ¿Qué pasaría? ¿Se dá usted cuenta?». E hizo ver al nuncio que, además, ese era un punto en que no se podía convencer a Franco, que estaba persuadido de que los males de España eran consecuencia de los partidos políticos, de la libertad de prensa y de la libertad sindical. Pero, por encima de todo, movía a Herrera al convencimiento de que como obispo no tenía derecho a entrar en los juicios prácticos propios de la prudencia del gobernante.

Añádase a esa razón su recelo de siempre a los medios violentos, que le hacía poner constantemente el ejemplo de los primeros cristianos, que fueron revolucionarios sociales, pero no políticos, y el deseo de apurar las posibilidades que le ofrecía la situación (un Estado católico, regido por un hombre cuya sincera fe religiosa no se podía poner en duda) para poner en marcha las obras con las que esperaba conseguir su máximo objetivo de recristianizar la sociedad. La consecuencia fue un perceptible incremento de su conformismo, que explica la perplejidad y desilusión de muchos. «Al principio —me declaraba con gracia uno de sus sacerdotes de Maliaño, hoy obispo—, nos escandalizaba su cristianismo; después siguió escandalizándonos, pero por su gubernamentalismo». Nada se diga de declaraciones como la de 1961, cuando Franco fue a Málaga y el obispo dio pública constancia, ante la imagen de la patrona de la ciudad, de los «servicios inmensos» del jefe del Estado a la Iglesia y a España, que le habrían ganado la «gratitud» y la «especial asistencia» de la Virgen. Evidentemente, eso rebasaba los «deberes del rango» que alguno de los amigos de Herrera alegan para justificarle.

Sin embargo, nunca abandonó su convencimiento sobre la necesidad de una evolución hacia formas más templadas y representativas, más acordes con el ideal de la Iglesia y el suyo propio. Y téngase en cuenta que cuando Herrera falleció estaba reciente la Ley Orgánica del Estado, en la que muchos habían puesto razonablemente su esperanza de cambio, y no se habían dado los pasos decisivos que a partir de 1969 metieron al régimen en un callejón sin salida. Aunque él, ciertamente, no había puesto su confianza en dicha Ley y más bien pensaba que Franco no abandonaría el poder en vida, precisamente porque aun siendo un buen católico, un «hombre de Dios» y un gran jefe de Gobierno le faltaba la visión de futuro propia de los grandes estadistas. De ahí la preocupación de Herrera ante el futuro, sin que le tranquilizasen más que a medias los preparativos legales para la sucesión del régimen. Según me dijo Abelardo Algora, Herrera veía la salida del sistema en una fórmula de centro-izquierda, por supuesto que con Monarquía (aunque López Rodó haya hablado en su libro «La larga marcha hacia la Monarquía», del regencialismo de Herrera, yo, al menos, no he encontrado base para hablar de él ni en el archivo del cardenal ni en las declaracio-

nes de las personas que le conocieron y con las que he hablado). Pero temía que las cosas fueran como en Italia y de 1964 es la importante carta a Martín Artajo en que manifiesta su zozobra ante el vacío político del país y la imprevisibilidad de que la única fuerza real existente, la socialista comunista, encontrase réplica adecuada el día en que hubiese libertad. Lo cual (salvo la referencia al comunismo, cuya crisis era absolutamente imprevisible), tiene una actualidad que no necesito encarecer.

LO QUE QUEDA DE SU MENSAJE

Más allá de las analogías con la situación actual, que he mencionado de pasada, ¿qué queda del mensaje político de Herrera?

No es lección pequeña la que se desprende de comparar su conducta durante la República con la que una situación análoga nos impone hoy, pero aún más importante, porque tiene valor permanente, es la primacía que concede a la acción sobre la sociedad, que, como apunté, es la justificación práctica del acatamiento a los poderes constituidos, y cuanto es desarrollo de esa primacía: la función social de las minorías, la necesidad de instituciones, y sus principios de acción, tan oportunos para todo tiempo: el sentido de la realidad, la aceptación del cambio necesario, pero que respete las grandes líneas de continuidad histórica; la preferencia por la evolución, el espíritu de moderación, el rechazo de los extremismos, del pesimismo y del catastrofismo, el gusto del diálogo, y la relación que hace Sanchez de Muniáin en que entran la pugna constante contra la inacción y la pereza, el individualismo anárquico y la mentalidad soñadora en vez de la mentalidad despierta... Los objetivos concretos a que él aplicó esos principios podrán cambiar; la situación actual pasará, como pasaron las que él vivió; pero siempre esos principios conservarán su inmarcesible actualidad. Fue un gran debelador del integristismo y el integrismo es nuestro vicio político nacional.

En su libro «La gloria del hombre». Olegario González de Cardedal expone «la perspicacia y genialidad de Angel Herrera», por cuanto sirvió «para modernizar la conciencia política de los católicos, arrancándola definitivamente a la grave ilusión de unir trono y altar, monarquía de este mundo y reinado del Corazón de Jesús», por lo cual cuando, tras el paréntesis de los decenios 1940-1960, la Iglesia española entró decididamente en la modernidad, «esto se debe no en último lugar, a todo lo que pensaba, fue y puso en marcha como actividad periodística, participación política e iluminación social Angel Herrera Oria».

Me impresionó la respuesta de Alfonso Osorio cuando le pedí que me resumiera cual fue el influjo de don Angel en su vida «¿Qué aprendí de él? Primero, el ejercicio de la libertad en la vida espiritual. Era un hombre de fe arraigada, pero nada dogmático, de modo que, al mismo tiempo que trataba de imprimir en los que estaban cerca de él un cristianismo bien entendido, lo hacía desde la libertad

y en la libertad. Naturalmente, también pensaba, con relación a los aspectos social y político, que la defensa de los valores esenciales de la persona humana debe hacerse desde la libertad».

Herrera, que era profundamente balmesiano, bebió en Balmes sus principios de actuación. Comentando a Balmes, escribí alguna vez que esa parte de su pensamiento,

que es la más reducida, es la más valiosa. Cabe en una docena de frases, pero son frases de oro, especialmente para el pueblo español, que tanta necesidad ha tenido siempre y sigue teniendo de ellas. Lo mismo puedo decir cuando las encuentro en el magisterio y sobre todo en la actuación de Herrera. Porque esos principios no son una política entre otras posibles; son nada menos que la política.

**PAGINA EN BLANCO EN
EL ORIGINAL**

23 octubre 1987

Ayer y hoy de la espiritualidad del seglar

*Mesa redonda moderada por Rafael ALCALA-SANTAELLA
con la participación de Vicente DE GRACIA,
Angelines GONZALEZ, José E. DE LA PUERTA,
Antonio SAEZ LOPEZ-BARRANTES y Carlos CRESPO*

El tema de la espiritualidad del seglar puede enfocarse desde varios aspectos. El primero de ellos, que podríamos llamar «sociológico», sería el del estudio de la situación actual de los valores espirituales en la sociedad española, y concretamente del conjunto de sus miembros no eclesiásticos. Es obvio que este enfoque no va a ser tratado en esta Mesa Redonda, pues requeriría una serie de encuestas y de estudios que se saldrían del marco que nos hemos trazado.

Un segundo enfoque podría ser el del aspecto que podríamos llamar «conceptual», o incluso «teológico». La distinción entre espiritualidad «preconciliar» y «postconciliar», distinguiendo y contraponiendo el cumplimiento estricto de una normativa o el énfasis sobre la primacía del amor a Dios, ha sido tratada profunda y extensamente por los profesores de teología dogmática y otros expertos. Concretamente Miguel Benzo subraya continuamente la primacía de la obtención del amor hacia Dios y su transmisión a los demás, admitiendo que la espiritualidad que debe tener el seglar puede haber cambiado o mejor aún ha vuelto a sus orígenes, poniendo el énfasis en el amor de Dios, vivido personalmente y en comunidad. Vamos a intentar no tanto analizar teóricamente en qué debe consistir la espiritualidad, sino poner en común nuestras vivencias personales sobre la utilidad de los medios que a nosotros nos pueden conducir a obtener ese amor, a proyectarlo en nuestra actuación y a transmitirlo en nuestro entorno.

Supuesto así el contenido de esta Mesa Redonda, hay que hacer notar que la misma se enmarca dentro del ciclo de homenaje a D. Angel Herrera. Por eso, puede resultar interesante pasar un poco revista a los medios que para conseguir el amor se recomendaban en aquellos tiempos y reflexionar sobre si los medios de ayer tienen vigencia hoy, y si han surgido nuevos medios para que los seglares nos «enamorem», en sentido teológico, de Dios, para que obtengamos esa condición que está en la base y en el núcleo y es el constitutivo de toda espiritualidad.

Para ello, hemos querido reunir hoy aquí a algunos destacados miembros de movimientos o asociaciones seglares para que su vivencia o experiencia nos sirva en la reflexión de este tema. Vamos a ceñirnos a cinco puntos en nuestra reflexión.

Punto primero

Dentro de la espiritualidad del seglar, tal como D. Angel Herrera la inculcó en la ACdP, hay cuatro aspectos sobre los que insistía mucho:

1. Espiritualidad personal
2. Proyección en la vida pública
3. Colaboración con la Iglesia Jerárquica
4. Transmisión del mensaje evangélico.

PREGUNTA: ¿Tienen vigencia estos cuatro aspectos hoy?

Punto segundo

En el apartado de la **espiritualidad personal**, Angel Herrera insistía en la necesidad de:

- ejercicios espirituales según el método de S. Ignacio
- meditación habitual
- lectura religiosa diaria
- frecuencia de sacramentos
- sobrenaturalidad de toda la actividad diaria

PREGUNTA: ¿Tienen vigencia hoy día estos medios para el seglar?, ¿son posibles?

Punto tercero

En el apartado de la **proyección en la vida pública**, Angel Herrera quería que el seglar interviniera en la vida pública.

PREGUNTAS: ¿Qué es vida pública?, ¿sigue teniendo hoy vigencia esa opinión?, ¿qué obligación habría en relación con la vida profesional?, ¿qué obligación de ejemplaridad social?

Punto cuarto

En el apartado 3 (Colaboración con la Iglesia Jerárquica), Angel Herrera quería que los documentos pontificios y de la Jerarquía fueran estudiados por sus propagandistas y que éstos estuvieran en estrecho contacto con la Iglesia Jerárquica, aunque conservando su personalidad propia y su independencia, con el fin, entre otros, de no comprometerlos en sus decisiones personales.

PREGUNTAS: ¿Sigue esta actitud siendo positiva?, ¿cómo hay que documentarse?, ¿cómo hay que colaborar?, ¿qué grado de independencia?

Punto quinto

En el apartado 4 (Transmisión del mensaje evangélico), Angel Herrera afirmaba la obligatoriedad de transmitir la fe recibida, por eso la asociación se llama «de propagandistas»

PREGUNTAS: ¿Sigue esta actitud vigente?, ¿cómo transmitirla en la familia?, ¿cómo en el trabajo?, ¿cómo en la sociedad?

* * *

— Vicente de Gracia

Yo diría que esa actitud está vigente, pero habría que matizar las distintas generaciones. En una generación como en la mayor parte de los que estamos aquí, no nos cuestionamos demasiado estos cinco puntos. Creo que todos ellos los hemos asumido y los asumimos con naturalidad, sin problemas y sin prejuicios de ninguna clase. ¿Por qué? Porque nos formamos y nos educamos en un contexto donde

no nos cuestionábamos este problema. En cambio las nuevas generaciones, como las que aquí se sientan en este panel, se han criado en otras circunstancias, con mayores dificultades. Y ellos son los que verdaderamente cuestionan estos asuntos. ¿Por qué? Porque el entorno que han vivido y en el que viven en este momento es absolutamente materialista. Tienden a minimizar el catolicismo. Por esto creo que la pregunta va dirigida a los jóvenes. Digamos que los de mi generación no nos cuestionamos este problema. Para mí tiene vigencia y no lo dudo un sólo momento.

— **Carlos Crespo**

Lo que habría que decir, en primer lugar, es que a pesar de que nos hayan echado la bola a los jóvenes, también hay una cierta responsabilidad en las generaciones adultas. Precisamente una responsabilidad formativa hacia las generaciones más jóvenes. Lo digo porque en todos los movimientos juveniles se están dando las formas «light», lo sucedáneo. Lo digo desde mi punto de vista del Consejo de Laicos y de la relación que tengo con una gran cantidad de movimiento juveniles.

Esos cuatro puntos asumidos, esos cuatro puntos vienen de las generaciones pasadas. Lo que pasa es que esos cuatro puntos se refugian en las comunidades. Y explico eso de las comunidades: Ahora acostumbrados a relegar esos cuatro puntos a la vida en comunidad, pero en muchas ocasiones esa vida de comunidad se queda simplemente en el refugio del grupo que se centra en los cuatro amigos, en los diez amigos. Y esa proyección en la vida pública, se queda únicamente en bonitas palabras. Esa conexión con la Iglesia se vuelve a quedar en la relación con el Consiliario, si lo hay, o en la relación con el Director espiritual, si lo hay. Y la transmisión del mensaje de fe se convierte en una tertulia de amigos, donde lo único que se provoca es la transmisión a los miembros de ese grupo.

Por lo tanto, a pesar de que Vicente nos ha echado el tema a los jóvenes, aquí hay, desde mi punto de vista, una falta de formación. Los jóvenes no hemos asumido estos cuatro puntos enteramente. Hemos creído que, con constituir comunidades, con administrar sacramentos dentro de nuestras comunidades y hacer actos masivos, en los cuales nos encontramos los amigos, nos damos la mano, nos felicitamos, nos damos la paz, todo muy bonito, un tanto sentimental, pues ahí queda todo. Pero perdemos la dimensión de la evangelización. Nuestro grupo se convierte, asumiendo esos cuatro puntos, en un grupo que sólo tiene fin en sí mismo. Y estos grupos juveniles, poco a poco, van perdiendo su dimensión eclesial y se van extinguiendo, y esto es lo que ocurre desde mi punto de vista. Ahora, los más grandes movimientos juveniles son tigres de papel. No hay proyección absoluta hacia la sociedad. Y lo que es todavía mucho más inquietante, no existe la asunción plena del mensaje y la transmisión de la buena nueva.

Quiero decir que hay una responsabilidad de las generaciones más adultas, porque creo que nos han dejado estos cuatro puntos como un legado sin desarrollar. Creo que

es labor de los jóvenes y de los adultos el desarrollar estos cuatro puntos en todas sus vertientes y asumirlos plenamente.

Por ello, el planteamiento de esta primera pregunta sería que la responsabilidad es de ambos. Es necesario matizar mucho más los cuatro puntos, profundizar sobre ellos, formarnos en ellos, y sobre todo acomodar los grupos adultos, las comunidades adultas a los grupos más jóvenes.

— José Enrique de la Puerta

Pienso que en los cuatro puntos que aquí se exponen, el pensamiento de D. Angel Herrera Oria, evidentemente, que sigue vigente. Sigue vigente como concepto. La espiritualidad personal es producto de una riqueza interior. Esa riqueza interior hay que alimentarla con el estudio, con la oración, etc., la tenemos bastante abandonada. Es decir, hemos comentado antes esto mismo, nos hemos aplicado mucho en perfeccionar todo lo referente a nuestra profesión y hemos dejado muy atrás todo lo referente a la religión. Un compañero nuestro, haciendo un poco de chiste, decía que estamos en traje de comunión. Esto es un defecto garrafal, porque de lo que no se tiene no se puede dar, y los católicos que somos padres de familia tenemos una grave responsabilidad de transmitir a nuestros hijos, y a nuestro alrededor, la fe cristiana. ¿Cómo vamos a hacer ese papel, si resulta que tenemos abandonada la fuente de espiritualidad?

Por lo que se refiere a la proyección en la vida pública, voy a dar una interpretación amplia al sentido de vida pública. La vida pública casi siempre empieza desde que sales por la mañana por la puerta, cuando vas al trabajo, en tus actitudes cuando vas por la calle, cuando vas conduciendo en el coche, tus actitudes dentro de la oficina dentro del trabajo, tus actitudes en todo, a la hora de las diversiones, tus actitudes al elegir los espectáculos. Todo eso, creo yo, es vida pública. En el ambiente hay una invasión de actitudes que no son precisamente propicias a la fe cristiana.

Conexión con la Iglesia. Si siguiésemos lo que se dice en las constituciones del Concilio Vaticano II, todos los que somos católicos y queremos servir a Cristo propagando la fe de Cristo deberíamos colaborar con la Jerarquía, integrándonos o bien en parroquias o bien en asociaciones.

Por último, la transmisión del mensaje de fe. Es una paleta muy importante para unos padres de familia. Antes la transmisión de la fe era más sencilla porque los padres decían que eso es así y los hijos obedecían. El ambiente era mucho más cerrado. La influencia del ambiente exterior sobre los hijos era mucho menor. Hoy día, con la expansión demográfica tan grande que ha habido, con la evolución de los medios de comunicación, no digamos nada de la televisión, la influencia del ambiente es mucho mayor que la influencia que podemos tener los padres. Y entonces el razonamiento, el querer llevar la fe a los hijos,

sobre todo cuando van siendo adolescentes, el querer llevar a la fe a base de muchos argumentos no es buen camino porque genera discusiones. Yo pienso que es fundamental en esto la conducta de los padres. Por supuesto, que los padres estén muy unidos, que haya un verdadero amor. No un amor excesivamente explícito, pero que sea algo que se note, que los hijos noten el amor de los padres; y después, que los padres sigan en todo momento una actitud religiosa, cumpliendo con los preceptos de la iglesia.

— Rafael Alcalá-Santaella

¿Qué piensas en la actualidad de esta secuencia del P. Ayala, de la Asociación? ¿Tiene vigencia hoy o estamos desfasados?

— Antonio Sáez López-Barrantes

El catolicismo ha sido algo que siempre ha tenido vigencia. Lleva veinte siglos y todavía sigue planteándonos problemas. Hemos recibido un bombardeo externo como un ataque contra lo anterior tan fuerte que el joven se siente en una situación en la que las actitudes problemáticas como es el sentir la fe, el sentir el cristianismo en sí mismo, las ha perdido. Ha perdido la dimensión que ello tiene. El problema ya no es cuestión que el fondo exista o no exista, eso no se puede cuestionar. El fondo existe y está ahí. Lo que ha fallado ha sido la forma y la forma en que nosotros nos hemos encontrado. Ha habido un choque, no vamos a hablar de choques generacionales sino un choque de formas en sí mismas. Como antes comentábamos, los mayores lo han tenido que asumir porque así les venía dado, sin ningún tipo de cuestionamientos. Antes de empezar la reunión comentábamos que aquella persona que quería diferir algo en esta temática tenía que irse a unos extremos superradicales. Actualmente tenemos tanta gama de posibilidades de situarnos o colocarnos ante las actitudes cristianas que perdemos el espacio y el ámbito.

Por ello, para nosotros, temas como la meditación, como la lectura de la tónica de la vida del cristiano, es algo que no nos lo hemos planteado por la sencilla razón de que nos han dado tan amplio abanico que, pienso yo, el joven se ha encontrado un poco perdido. Al encontrarnos perdidos, sin la base esa que teníamos que tener como fondo, lo que nos ha sucedido ha sido que nos hemos agrupado en pequeñas bases, en pequeñas comunidades y nuestra salida al exterior se nos plantea difícil porque nos encontramos en contra con nosotros mismos. Es decir, la propia juventud está luchando contra sí misma.

— Rafael Alcalá-Santaella

Ya hemos visto lo que la Asociación se planteó allá por los años 20, y que sigue todavía planteándose, de sólida

vida interior y sólida vida sobrenatural y religiosa y luego, de una proyección en la vida pública. Veremos más tarde que la vida pública tiene que ver con la política, sigue vigente hoy en día. Lo que ocurre es que muchas veces esa vigencia y esa secuencia sólo establecen el orden lógico. Estamos convencidos, pero no lo llevamos en el corazón, y como no lo llevamos en el corazón, no lo exteriorizamos. Parece como si nos diera a todos los seglares un poco de vergüenza manifestarnos fuera de nuestro pequeño grupo... Nosotros en nuestras asociaciones, pues sí, decimos que sí, pero de verdad cuando se trata de salir al exterior, o no salimos o nos replegamos entre nosotros.

La segunda parte es la de el análisis de cada uno de estos aspectos. Hemos dicho que nadie da lo que no tiene, y que, incluso, dentro de nuestros pequeños grupos teníamos que profundizar en serio en la vida espiritual.

Si dedicáramos la mitad del tiempo que dedicamos a nuestra formación profesional, al estudio de nuestra religión, que es mucho más importante, seríamos unos estupendos teólogos. De verdad sabríamos de qué va la cosa, estaríamos al día y podríamos defendernos e incluso atacar, si hace falta.

Pero, los medios que se recomendaban antes como ejercicios espirituales, meditación, lectura religiosa, etc. ¿siguen teniendo vigencia, o hay alguna novedad en este sentido?

Comprendo que nos estamos metiendo en terrenos difíciles, que estamos haciendo una autocrítica, que estamos haciendo un poco como de catarsis. Creo que una de las medidas por las que se curan las heridas es desbridarlas, consiste en coger un bisturí y romper lo que haya dentro de ellas. Vamos a ver si de verdad esta atonía que a los seglares nos entumece, podemos meterle un poco el bisturí y ver qué hay dentro, a lo mejor estamos muy bien. ¡Ojalá, Dios quiera!

— **Vicente de Gracia:**

Yo diría que los católicos, lo primero que tenemos que empezar por hacer es, digamos, reafirmar nuestra identidad como católicos. Y cuando digo reafirmar nuestra identidad como católicos, me estoy refiriendo a que hemos de ser fieles a la palabra de Dios, que hemos de ser fieles al mensaje revelado por Jesucristo, Hijo de Dios, que hemos de ser fieles al orden moral, a la moral de la Iglesia, que hemos de ser fieles al Magisterio de la Iglesia y al Magisterio Pontificio. Si fuésemos capaces de asumir fidelidades que tantas veces proclama Juan Pablo II, creo que los demás temas se nos darían por añadidura.

Los católicos, ¿qué es lo que hacemos?. Yo diría que nos refugiarnos en nuestra espiritualidad, esa no falta. El que es católico, pues esas cosas naturalmente, asume todas. Asume los ejercicios. Estamos dispuestos a hacerlos, las lecturas espirituales, etc. Pero en cambio somos demasiado tibios al enfrentarnos con los problemas, y no nos enfrentamos con ellos con un bagaje suficientemente documentado para poder discutir. Y nos comportamos con una tibieza enorme ante los problemas.

Y antes les citaba en una pequeña charla que hemos tenido previa, les citaba una frase de D. Marcelo, diciendo que, «el paro en España es una de las principales lacras. Pero hay un paro religioso muchísimo más importante que ése». Porque los católicos en el fondo nos hemos transformado en una especie de pasotas. Y ante los problemas que diariamente se presentan hemos adoptado una postura cómoda. No nos enfrentamos con ellos nunca, o por lo menos, muy pocas veces, en contadas excepciones.

Creo que esto sí que es de cara al futuro un reto que tenemos todos los católicos. Hay que incrementar nuestra formación en la Palabra de Dios, en los Evangelios, en definitiva en el Mensaje de Cristo, están las soluciones para los problemas de hoy y para los problemas del hombre. Y no somos capaces de imponer estos criterios, ni en los medios de comunicación ni en ninguna parte. Esta es mi opinión, de cara a esta situación, no diría absurda, pero que es la situación a la que, probablemente por comodidad, os hemos llevado a los jóvenes.

— **Rafael Alcalá-Santaella:**

La idea es que sí vivimos en la espiritualidad, que vivimos como en un refugio en muchas ocasiones, como en una tranquilidad de nuestras inquietudes, pero que no estudiamos seriamente nuestra religión, ni estamos formados. Si tú como ingeniero y yo como médico supiéramos lo que sabemos de religión, probablemente tus puentes se hundirían y mis enfermos se morirían. Lo cual realmente es lastimoso. Tenemos que estudiar en serio nuestra religión y no sólo la parte espiritual de comodidad y de refugio personal.

— **Vicente de Gracia:**

Quiero agregar una cosa, y es que la espiritualidad es la fuente de donde tenemos que sacar la fuerza para enfrentarnos a los problemas. No se concibe un católico sin espiritualidad, eso es absurdo. En la oración, en los sacramentos, está la base de nuestra fuerza para enfrentarnos a los problemas que estamos denunciando. Sin ellos es imposible, no se concibe un católico sin la espiritualidad.

— **Rafael Alcalá-Santaella:**

Evidentemente, tú has añadido la necesidad de una sólida fundamentación científica.

Carlos, ¿qué te parece?

— **Carlos Crespo:**

Siempre lo que dice Vicente me sugiere algunas cosas. Y utilizando la terminología de Rafael dentro de su for-

mación profesional médica, personalmente tengo que coger el bisturí aquí y abrir mi herida. Tengo que decir que, mi propia espiritualidad personal no es todo lo que creo que debería, o lo que mi compromiso me exige. Y lo digo porque en la macourbe donde vivimos, con las necesidades sociales que nos van acosando día a día, pues lo más fácil es ir relegando la espiritualidad personal a un segundo término, a un tercero, incluso al último. Si las grandes empresas no hicieran una planificación y unos planes a realizar dentro del año, se vendrían abajo. Pero es que con nuestra espiritualidad personal que es lo más importante de nuestra fe, pues hacemos todo lo contrario. Es decir, ni la planificación, ni siquiera intentamos buscar unos huecos adecuados para fortalecerla y para aumentarla.

Quiero decir, enlazando con lo de Vicente, que nos convertimos en unos activistas pasivos. Aquí hay un fenómeno que es el del activismo acrítico o el del criticismo pasivo. Esto viene a cuento porque la gran mayoría de nosotros nos convertimos en unos activistas, hacemos Pascuas, celebramos Eucaristías, realizamos unos ejercicios espirituales maravillosos, pero en pocas ocasiones damos rienda suelta a nuestra oración, a nuestra vivencia personal, a nuestra espiritualidad personal. Con lo cual, vamos haciendo algo pero a la vez nos vamos empequeñeciendo. Mientras que la otra persona pasiva, va criticando y criticando, pero tampoco hace nada. Hay que encontrar el equilibrio, hay que buscar el término medio en esa balanza, hay que ser crítico pero hay que ser a la vez activo. Tenemos que hacer pero siendo y guardando lugares, momentos determinados de nuestra vida, para esa espiritualidad personal.

Por eso, enlazando también con lo de Vicente, creo que si no guardamos y si no acrecentamos nuestra espiritualidad personal, probablemente, dentro de unos años no estaremos aquí en esta sala. Probablemente, no estaremos en estas comunidades donde estamos ahora, cogiendo esa fe, compartiendo esa fe. Probablemente, seremos una persona más dentro de este mundo, si no vamos agrandándonos en nuestra espiritualidad personal, pero difícilmente podremos llamarnos cristianos. Porque cuando a una casa le faltan los pilares se hunde. Es preferible encerrarnos un poco en nosotros mismos, buscar esos momentos de oración, buscar esos ejercicios que nos llevan a la conexión íntima con Dios, con nuestro Padre, y desde allí, empezar a edificar, empezar a hacer, siempre desde la formación.

— **José Enrique de la Puerta:**

Quería decir que, efectivamente, esto es así. Vivimos nuestra espiritualidad pero tenemos que hacer algo por mantenerla. Y si es verdad que el hombre se desarrolla por la acción, de nada valdrá que hagamos ejercicios espirituales, o que hagamos alguna lectura religiosa o la frecuencia de los sacramentos. Todo esto en conjunto se quedaría pobre. Pienso que esto habría que conjugarlo con una acción.

He hecho muchas veces ejercicios espirituales, he salido encantado, he salido que parecía que era un santo, pero, al poco tiempo, la actividad cotidiana hace que uno vaya olvidando esa sensibilidad tan grande que uno tenía recién salido de los ejercicios. Esos sentimientos se van apagando. Algo pasa por el estilo con las lecturas religiosas si no se tiene una frecuencia en esas lecturas, o en la meditación habitual. Con la vida tan apretada de trabajo que llevamos, hace falta una fuerza de voluntad muy grande para ir cumpliendo todo esto. Entonces, a través de la experiencia que nosotros hemos tenido en los grupos de matrimonio se ha visto que es muy útil tener en comunidad estas reuniones con otros matrimonios, que sirven para comentar hechos de actualidad. Estos hechos de actualidad sirven para aplicar la doctrina cristiana, la doctrina de la Iglesia. En estas reuniones, en fin, como sabréis muchos de vosotros, se hace una encuesta sobre diferentes motivos, se lee un fragmento de las Sagradas Escrituras, etc... Eso sirve, en primer lugar, de compromiso para mantener todas estas cosas que nosotros pensamos que son buenas. Y además sirve de experiencia el conocer los puntos de vista de otras personas que tienen el mismo tipo de vida que nosotros, y los mismos problemas que nosotros. Esa visión de los demás enriquece mucho nuestra propia visión y nos anima mucho a seguir trabajando en este sentido.

— **Rafael Alcalá-Santaella:**

Muy bien, muchas gracias. Antonio, tu turno sobre éste punto.

— **Antonio Sáez López-Barrantes:**

Es difícil para mí definir la espiritualidad, por lo tanto no lo voy a plantear desde ese punto de vista. Pienso que puedo encuadrarla entre dos aspectos fundamentales: *Una vida interior*, que la tenemos que poner nosotros porque nadie puede dárnosla, y *una formación espiritual*, que, evidentemente, nos la tienen que dar. Coinciden en un sólo punto que es la espiritualidad. Pero en el momento que una de las dos falle, se nos va el kiosko abajo. No vamos a encontrar la base sólida de la que podamos partir, pero no debemos quedarnos en la espiritualidad por la espiritualidad, sino una espiritualidad a utilizarla como medio para llevar una acción, una acción sin miedo. Tenemos una espiritualidad, pues démosla a conocer. No tenemos que dejarla en casa, vamos a sacarla, vamos a usarla. Creo que partimos de la base de que si se nos da es para que la usemos. Por tanto, concluyendo: de una vida interior y una formación básica que nos tienen que dar, pues utilicémoslas, que para eso están.

— **Rafael Alcalá-Santaella:**

Realmente, han sido unos puntos de vista muy vividos, muy sentidos. Pero además, muy complementarios unos

con otros. Creo que hemos recorrido la amplia gama desde el conocimiento hasta el estudio de la religión, pasando por los actos propiamente de la adquisición de la religiosidad y por el intento de proyección, de ir hacia afuera.

En esa espiritualidad todos han coincidido: matrimonios, los jóvenes, el Presidente de la Comisión Nacional de Hombres de Acción Católica. Todos hemos coincidido que tiene que proyectarse, no guardarla para uno. Tiene dos inconvenientes: primero, un pecado de omisión; segundo, que es estimarla en poco, porque guardársela con avaricia sin compartirla a los demás está mal; y tercero, que no puede una luz que le dan a uno dejarla oculta, esto sería realmente anticristiano e ilógico. Tal vez habría que proyectar, todos hablaban de proyección en dos aspectos: primero, *en la vida pública*, y segundo, *en la vida eclesial*, entendida como Iglesia e Institución.

La vida pública tiene una variopinta acepción. ¿Qué es la vida pública? ¿Qué tiene que ver la vida pública con la vida profesional? Creo que son temas realmente interesantes. Estoy seguro que los componentes de la Mesa nos van a ilustrar mucho.

— **Vicente de Gracia:**

Por supuesto que hemos de predicar con el ejemplo. Eso es fundamental para el católico. Se es católico en todo momento, en todo lugar y en todas las circunstancias. No se puede hacer una dicotomía, somos católicos cuando estamos en la Iglesia y cuando estamos en el trabajo. Debemos llevar nuestro catolicismo hasta todos los rincones, en la familia, en la casa, en el trabajo, en las asociaciones, en la política; en todas partes donde esté un católico debe ser consecuente con su propia identidad y no se puede establecer dicotomías.

En cuanto al tema de la vida pública, creo que D. Angel se anticipó con mucho. El Concilio nos lo ha recordado, hay una especie de mandato en la «*Gadium et spes*». En ella se dice que, «el que falta a sus deberes temporales, falta a sus obligaciones para con Dios y compromete su propia salvación». Está clarísimo el mandato. El Concilio nos ordena, que debemos intervenir decisivamente en la vida pública. No podemos inhibirnos y por eso vuelvo a insistir en lo que he dicho antes: es necesario que nos formemos para poder actuar de acuerdo con la doctrina de la Iglesia en cada una de las circunstancias. Insisto en la labor callada del ejemplo en cada uno de los sitios donde actuemos. Me da igual en una comunidad de vecinos, que en una asociación, en un colegio profesional, en el trabajo, en cualquier sitio. Debemos ser consecuentes con nuestra identidad como católicos y ponerlo de manifiesto en todo momento. Principalmente con las obras, y, si hay lugar, con la palabra que evidentemente es eficaz. Lo que no podemos hacer, digamos, por tratar de transigir con situaciones actuales es contemporizar con situaciones que son incompatibles con el catolicismo.

Porque hay mucha gente que está confundiendo el catolicismo. Los dogmas de fe que se deducen de la revelación tenemos que asumirlos, tratar de difundirlos con cuidado y no tergiversarlos. Y hay gente que está confundiendo el catolicismo con un movimiento social «socio-económico». Enfocan el catolicismo tratando de dar respuestas a los problemas que actualmente se están planteando en el mundo. Hay una serie de temas que nos han sido revelados por Dios, y que asumimos y practicamos o dejamos de ser católicos. Así se está produciendo una serie de desviacionismos tremendas. Afortunadamente tenemos un Papa que está marcando de una manera clarísima, digamos, el polo norte o la estrella polar para nuestro viaje temporal.

Me podría detener en muchísimos aspectos, pero ya son aspectos concretos de la vida de cada uno. Creo que debemos reflexionar. Pero lo que haríamos sería alargar indefinidamente el tema, porque hablar del trabajo, hablar de la misión del empresario, hablar de nuestras actitudes ante el paro, esto son temas tan importantes que por sí requerirían una mesa redonda como la que estamos celebrando.

— **Rafael Alcalá-Santaella:**

Vida pública se puede identificar por una serie de actividades, actividades profesionales, actividades de proyección externa, etc. Pero, vida pública, es sólo eso, o vida pública es también intento de intervenir en la vida política, con mayúscula, no de partido, en la vida de gobierno, en la vida de legislación? No se trata de llevar la confesionalidad, pero sí el tipo de sociedad que un cristiano debe considerar como ideal reformando las estructuras. ¿Qué crees?

— **Carlos Crespo:**

Yo diría que el tema este de la vida pública habría que resumirlo en dos. Hay que leer «*Testigos del Dios Vivo*». «*Los Católicos en la Vida Pública*». Por ir a la pregunta que me haces y respondiéndola desde un plano personal, debido a mi compromiso, hace no dos meses que empecé a militar en un partido político. Por eso creo que es fundamental y es una de las dimensiones más explícita y auténtica del seglar, la de actuar en la vida pública. Y si por orden de vida pública entendemos vida política con mayúsculas, como tú te has referido, quizá, en estos momentos en nuestra sociedad actual se hace más indispensable.

Hemos de tener en cuenta, y esta tarde lo comentábamos, que ha habido una época en que los alumnos de los colegios religiosos, desafortunadamente, han salido odiando la propia religión. Es decir, los alumnos del Colegio del Pilar son hoy brillantes ministros socialistas, los alumnos de los Colegios como los Agustinos o Agustinos o grandes Colegios, resulta que son los primeros reaccionarios contra nuestra propia religión. Por tanto, hace falta aquí

una labor que tiene que empezar en la base, y hay que formar a auténticos dirigentes para nuestra política. Pero hay que formar auténticos dirigentes en nuestra política sin romper el cordón umbilical. Y explico lo que quiero decir con lo del cordón umbilical. Lo frecuente ahora es decir, que los grandes políticos, que dicen que en algún tiempo han estado en movimientos religiosos, o que se sienten cristianos, ahora no tienen ningún vínculo con esos movimientos, con esas asociaciones, salvo honrosas excepciones que creo que en esta Asociación en concreto se cumplen. Lo cual provoca un corte que es difícilmente superable, porque esas personas pasan al ámbito político como desarrollo de su compromiso eclesial, pero llega un momento que su compromiso eclesial se ve relegado por su compromiso socio-político. Encontramos a políticos que nos dicen que han militado en Juventudes Marianas, o en la misma Asociación esta o en otras parecidas, o en Acción Católica, pero que su vida eclesial es nula. Me imagino que seguirán yendo a Misa los Domingos o viviendo su espiritualidad personal, pero no hay una comunidad que acompañe.

Y precisamente, «Los católicos en la vida pública» habla de un punto que es fundamental y es el *acompañamiento de las Comunidades*. Al hablar del acompañamiento de las Comunidades, dicen los Obispos que es fundamental que las comunidades desde la Comunidad Eclesial, sin vincularse a ningún partido político, sin vincularse con ningún sindicato, acompañen a esas personas de la comunidad. Como consecuencia de su desarrollo y de su compromiso socio-político están insertos en esos ambientes. Y eso, si lo lleváramos a la práctica, creo que cambiaríamos las estructuras y empezaríamos a construir ese mundo mejor, a cambiar la sociedad. Yo creo que tenemos que incidir en que el acompañamiento de la comunidad es fundamental.

— José Enrique de la Puerta:

Yo tenía que decir, en cuanto a la participación en la vida pública, que tenemos que apoyar a aquellos partidos que son de inspiración cristiana. Y en la medida de lo posible, los que tengan cualidades o los que tengan disponibilidad de tiempo, etc. pase de colaborar con estos partidos. Y mucho mejor si se puede hacer en la forma que acaba de exponer Carlos Crespo.

Pero hay, además del político, otros aspectos de la vida donde hemos de demostrar nuestro apostolado social. Y en estos aspectos creo yo que es muy importante la generosidad. Es decir, que cuando estemos nosotros en nuestro trabajo, no solamente estemos dando ejemplo porque cumplimos unos horarios o trabajamos con verdadero interés y con verdadera responsabilidad, sino también porque nos ocupamos con celo y con verdadera generosidad por los problemas humanos de todas las personas que están a nuestro alrededor. Y esa preocupación, con más motivo, hacerla extensiva también a amigos, a familiares, etc. Es decir, hay familias que se dicen que son cerradas y familias que son

abiertas. Hay familias que parece que la puerta está abierta a cualquiera que entra allí. Se encuentra como en su casa. Creo que este gesto de generosidad, de apertura hacia los demás, lo mismo en el ámbito familiar que en el de las amistades, como en el ámbito del trabajo, es algo que realmente es cristiano; y creo que da buen ejemplo y buen testimonio para otros que pueden observar.

— Antonio Sáez López-Barrantes:

Yo quisiera matizar el término de vida pública porque no necesariamente significa vida política. Creo que la proyección del cristiano en la vida pública supone, por un lado, una práctica de la doctrina social. Ya D. Angel Herrera previó, con muchísima antelación, que lo que se necesitaba era una reforma de estructuras y no necesariamente una reforma política, sino que el cristiano desde su propia posición de católico, de su propia postura como tal católico, tiene necesidad de practicar su catolicismo. Y por lo tanto, la doctrina social es la base de ese catolicismo. De todas formas, tenemos que decir que nuestros paladines del catolicismo no han respondido al católico como tal, como quisiéramos muchas veces que nos hubieran respondido.

Pienso que es el momento para que el católico, desvinculado del partido político, practique la vida pública como una práctica de la doctrina social, independientemente de los partidos políticos.

— Rafael Alcalá-Santaella:

Desde el Concilio Vaticano II, Iglesia somos todos. Pero eso está muy bonito así dicho; pero, ¿cómo somos Iglesia?, ¿cómo nos sentimos Iglesia?, ¿cómo actuamos en Iglesia?, ¿cómo nos proyectamos en Iglesia?

— Vicente de Gracia:

Yo creo que no es tan difícil el poder conectar con la jerarquía, conectar con la Iglesia, porque en definitiva, Iglesia somos todos. Lo que hay que pedir a la jerarquía y creo que están intentando hacerlo, es un mayor diálogo. En algunas Diócesis de España se han tomado iniciativas. Concretamente, se crean Centros de Apostolado Seglar, donde haya un lugar de encuentro entre la Jerarquía y las distintas Asociaciones. Creo que esto es una labor positiva que puede dar unos frutos estupendos. Porque de estos Centros de Apostolado Seglar conseguiremos que todos, clero y seglares, tengamos las ideas claras. Tratemos de saber dónde debemos ir y cómo, porque, realmente de esta dispersión de esfuerzos, que se notan en la vida de la Iglesia, han surgido muchísimas asociaciones, muchísimos movimientos. Muchas veces leemos las afirmaciones de un movimiento que son totalmente opuestas a las de otro, se observa

una falta de coherencia al manifestarse públicamente entre los distintos movimientos o entre las distintas asociaciones. Y esto no hace nada más que provocar un desconcierto entre los católicos.

En definitiva, yo lo que pediría a la Jerarquía es que propiciase los encuentros con los seglares, donde a través del diálogo tendríamos unas directrices claras de comportamiento ante los distintos problemas que en la vida pública se presentan.

Habréis visto que, en temas como los de la LODE, en temas como el divorcio, en temas como el ABORTO, en temas como la OTAN, hay una dispersión de criterios enorme y algunos de ellos van en contra de la propia doctrina de la Iglesia. Es un ejemplo clarísimo el tema del divorcio y el tema del aborto. La Iglesia es contundente en estos términos. El Pontífice Juan Pablo II se ha pronunciado de una manera tan clara que a mí me extraña que haya católicos que, cuando salen a la vida pública, no estén de acuerdo con esta doctrina. Entonces yo me digo: se es católico en todas las circunstancias y en todas las situaciones, y hay que ser consecuente y coherente con el propio catolicismo. Hay que evitar por todos los medios esta falta de criterio. ¿Cómo evitamos esta falta de criterio? Actuando en estrecha colaboración con la Jerarquía. Esto no quiere decir que simplemente seamos unos señores que se presentan ante la Jerarquía y escuchan, y a partir de ese momento se sale a actuar en la vida pública. No. Hay que propiciar el diálogo, porque, estoy convencido que los seglares tenemos un conocimiento mucho más completo que la propia Jerarquía de los problemas temporales. Pero ellos tienen un conocimiento mucho más profundo de la doctrina de la Iglesia. Hay que tratar de coordinar los esfuerzos de ambos para actuar coherentemente. ¿Cómo actuamos coherentemente? Propiciando los encuentros y el diálogo, y eso es lo que no se está haciendo en la medida que la sociedad está requiriendo en este momento.

— **Carlos Crespo:**

Creo que, probablemente, —haciendo un poco de anécdota de lo que voy a decir— Alfonso Guerra, o cualquier líder socialista o comunista, habrá leído mucha más doctrina de la Iglesia que algunos de nuestros católicos. No quiero decir que eso sea la norma general; yo sé que hay gente y probablemente nosotros no estamos en ese lugar, pero hay gente que no se lee absolutamente para nada lo que publican nuestros Obispos y antes de publicado ya lo están criticando. Tengo que acusarme, porque cuando era un poco más joven —a pesar de seguir siendo, como todos vosotros— porque el espíritu joven es lo último que se pierde— pues he sido el primero que he dicho que los Obispos no hablan y, cuando hablan, hablan tarde; y es más, muchas veces cuando hablaban hablaban mal. Pero eso es fruto de mi poca formación, y lo digo porque los problemas de criterio, como decía Vicente, se provocan por nues-

tra falta de formación. Porque si realmente leyéramos los documentos que van publicando nuestro Obispos, además de adquirir un sentimiento diocesano y eclesial y de unidad, no caeríamos en esta disparidad de criterios. Creo que está muy claro, se hablaba de dos puntos de vista como son el divorcio y el aborto, de los cuales el Papa se ha definido claramente, ahí no hay duda: o estás dentro o estás fuera. Ahora nos bombardean con esas doctrinas o semi-doctrinas que dicen que lo que hay que hacer es invertir la pirámide de la Iglesia, y donde está el vértice, la base, y la base tiene que venir arriba.

No hace poco que, un programa de Mercedes Milá, se decía que todo lo que publican los Obispos y lo que dicen los obispos es pura mentira, que viven en otro mundo. Y yo creo que los propios Obispos están haciendo un esfuerzo ímprobo porque a pesar de sus limitaciones están buscando los cauces para contactar con los seglares y con los religiosos. Muestra de ello es el «Congreso de Evangelización», que en septiembre del año pasado se realizó en Madrid muy cerca de aquí. Allí hubo una comunión perfecta entre los grandes Pastores de la Iglesia, los Obispos, y los seglares, los religiosos, las religiosas, todo el pueblo de Dios, y creo que salieron conclusiones que ellos están intentando llevar a cabo. Prueba de ello es el Documento «Testigos del Dios Vivo» y «Los Católicos en la Vida Pública». Prueba de ello es la cantidad de documentos que hace poco tiempo han estado editando. Tantos documentos que yo no he podido leerme los todos, y me parece que a casi ninguno de nosotros nos da tiempo a leerlos todos. Es muy fácil criticar, pero también hay que estar en la postura de nuestros Pastores.

No es fácil confrontar y aglutinar los grandes criterios que existen dentro de nuestra Conferencia Episcopal, y ya no de nuestra Conferencia Episcopal, sino dentro de nuestra Iglesia mundial.

Por tanto, nuestro deber fundamental es formarnos en ese aspecto. Es decir, no podemos permanecer impasibles ante estos grandes documentos que forman la doctrina de la Iglesia. Por supuesto, lo que no podemos hacer es preferir esas doctrinas que nos están dando desde otros puntos de vista, antes que las doctrinas que nos están dando nuestro propios Obispos. Creo que es un contrasentido. Creo que eso hace aumentar la disparidad de criterios. En este sentido, yo pediría la unidad de todos los católicos. Respetando la idiosincrasia de cada uno de nosotros y respetando la pluralidad que creo que es lo más hermoso de nuestra Iglesia, pero hay que tener unos criterios sólidos y unidos. Mientras no tengamos eso, nuestra propia Iglesia empieza a hacer aguas. Pero es tan grande nuestra Iglesia que, a pesar de hacer aguas nunca se hunde.

— **José Enrique de la Puerta:**

Abundando en la idea que ha expuesto mi colega ingeniero, respecto a que debería haber mayor diálogo entre los

Pastores, Arzobispos y seglares, creo que sería muy importante en el proceso de elaboración que hubiera ese diálogo y esas consultas a ciertos estratos seleccionados de seglares, porque esto enriquecería mucho el punto de vista de los Prelados. Pero es que, además, ante la opinión pública ya no se podría decir, como algunos despectivamente dicen: «eso es lo que dicen los Obispos». Nosotros, los católicos, lo vemos como cosa muy bien estudiada, muy correcta. Pero hay mucha gente que mira despectivamente, «eso de los Obispos». Si un Documento fuera apoyado no solamente por los Obispos, o encabezado por los Obispos, sino por una masa selecta de católicos competentes, creo que mejoraría la calidad de estas Pastorales. Por otra parte, creo que a estas Pastorales también se las debe dar una mayor difusión e incluso someterlas a estudio, reuniones, organizadas en las parroquias o en diferentes asociaciones, para poder fomentar, interpretar y sacar jugo a esas pastorales densas de los Obispos.

— **Antonio Sáez López-Barrantes:**

Después de lo que se ha dicho, no creo que me quede mucho más que decir, porque además estoy perfectamente de acuerdo con ellos. Las directrices las tenemos; simplemente necesitamos que en algunos casos nos las clarifiquen. De todas formas, la Jerarquía más masticadito que nos lo da es imposible, lo tenemos todo ante cualquier problema temporal que surge: paro, divorcio, aborto. Tenemos a nuestros Obispos que nos dicen: esto es lo que hay, esto es lo que decimos. Tenemos nuestras Encíclicas, por ejemplo «Laborem Exercens». Es, como podría decirse, un bestseller de la actualidad, son todas perfectamente actuales. Por tanto, ¿por qué criticamos tanto su labor? Es como decía Carlos, criticar por criticar. Ellos tratan de darnoslo cada vez más trilladito, más masticadito. Quizás el problema es que nos lo den tan trilladito y tan masticadito, que tenemos poco trabajo, simplemente, leer lo que dice. Pero ni siquiera lo leemos. Dejemos de hacer la cuadratura del catolicismo, porque no existe. Tenemos nuestras bases; simplemente, funcionemos con ellas.

— **Rafael Alcalá-Santaella:**

De todas las maneras, yo quiero hacer una crítica a los señores Obispos, porque todo lo que dicen es muy bueno, pero como lo dicen es ininteligible en la mayoría de los casos. Confieso que he intentado comprender bien «Los católicos en la vida pública». Tengo dos ejemplares distintos

por si acaso hubiera alguna errata, y también «El laico en la vida de la fe», pero es tan denso el lenguaje... Sobre todo es un lenguaje tan clerical, que no es un lenguaje coloquial como el que hablamos hoy en día. De manera que hace falta una traducción de lo que ellos dicen al lenguaje corriente. Por eso me ha parecido que la intervención de Angelines y José Enrique ha dado en el clavo, en un clavo muy importante. Lo que digo es que nos dan una doctrina tan densa que, hace falta trasladarla al lenguaje corriente, y creo que habría que pulir ese idioma, y habría que pulir ese lenguaje. Emplean palabras que hoy no se hablan. Nuestro castellano es cada vez más pobre, cada vez más conciso; pero las palabras que emplean las emplean con unos términos teológicos, perfectos, precisos y estrictos, pero como no traduzcamos un poco...

Aunque no haya hablado Angelines, me voy a permitir dirigirme a ella para que nos conteste. Y hay una última pregunta en el cuarto apartado que es «la transmisión de la fe en la familia a los hijos». Sigo creyendo que el eje de la familia es la madre.

— **Angelines González:**

El padre también tiene que aportar algo, para eso están. Nosotros los padres transmitimos la fe con nuestra vida, con nuestra vivencia cristiana, como podemos, como sabemos, y después la respuesta de nuestros hijos ya es de ellos.

— **Rafael Alcalá-Santaella:**

No hemos dicho una cosa muy importante —y ya creo que con esto terminamos— ¡y es que no sabemos!... Hay que sembrar con el ejemplo, con la doctrina, con poco rollo, porque el rollo los chicos lo rechazan, pero con cariño, con amor, con autenticidad en la Iglesia y en el Evangelio. Y eso es todo.

Quizás como resumen y como final, agradecer no sólo a las personas que han venido tan representativas y que han dicho cosas tan sentidas y tan sinceras. Nosotros no sabemos, sabemos poco, no somos teólogos, deberíamos serlo, no sabemos más que lo que hemos vivido; creo que hemos dicho lo que hemos vivido, que tiene un cierto valor. No solamente agradecer a las personas, sino también a los movimientos que ellas representan, porque, cuando releamos todo lo que aquí hemos hablado, todos sacaremos mucho fruto.

Muchas gracias.